

EL MUNDO ILUSTRADO

PERIÓDICO SEMANAL



SUSCRICION PARA ESPAÑA.

MADRID. Un año, 120 rs.—Tres meses, 32 rs.—Un mes, 12 rs.
PROVINCIAS. — 130 rs. — 36 rs. — 14 rs.

Un número suelto, 3 reales.

Se suscribe en Madrid, calle de Santa Teresa, 8,
y en casa de los corresponsales del Establecimiento tipográfico de
D. Francisco de P. Mellado.

1^{er} Año. N.º 15. — Mayo 5 de 1860.

Todas las comunicaciones relativas á los dibujos y á la redaccion se remitirán al Director del MONDO ILUSTRADO, calle de Bréda, 15, y las reclamaciones de los suscritores de España y América, á los Sres. A. Laplace y C^o, calle de St. André des Arts, 47.

SUSCRICION PARA AMÉRICA.

ATLANTICO. Un año, 50 fr. (10 ps.).—Seis meses, 27 fr. 50 c. (5 p. 50).
PACIFICO. — 55 » (11 ps.). — 30 fr. (6 p. »)

Se suscribe en Paris, calle St. André des Arts, 47.

PARA LA EUROPA, Á ESCEPCION DE LA ESPAÑA.

Un año, 32 fr.—Un número suelto 1 fr.

Se suscribe calle de Bréda, 15, y en el boulevard de los Italianos 15.



El rey Victor-Manuel respondiendo á las aclamaciones del pueblo, desde el balcon del palacio Pitti, en Florencia.

(De una fotografia de M. Chiapella.)

CRONICA DE PARIS.

Una anécdota relativa á uno de los hombres ilustres cuya muerte lloran las artes. Alfredo de Dreux, célebre pintor de caballos.

Viajaba hace algunos años por el Sur de la Francia y encontrábase un día en una posada sentado á la mesa al lado de un chalan que andaba en busca de caballos. Traban conversacion, y en este punto los dos viajeros entiéndanse á las mil maravillas. Pero el chalan siente nacer de repente cierta inquietud. Viene á Argeles con ocasion de una venta importante, para adquirir un centenar de caballos que espera ceder algunos dias despues á las paradas de la division militar que repone su remonta. El extranjero, que tan entendido parece en caballos, será tal vez un competidor del mismo oficio?

En efecto, habia hablado del general D***, —el mismo de quien depende la remonta,—no hay duda, es un competidor! — Fijo su ánimo en este pensamiento, cada palabra de Dreux confirma al chalan en su primera sospecha. Qué remedio?

Pasa la noche cavilando... y sólo se duerme al despuntar el día.

Como se levanta tarde, baja para almorzar y vé al Parisiense sentado en el patio de la posada, con un carton sobre las rodillas, dibujando tres caballos conducidos al abrevadero. Con un par de rasgos de lapiz diseña en un papel azulado un hermoso caballo que iban á desensillar. El chalan sin embargo no se vé libre de sus recelos, antes al contrario se acrecen cuando Alfredo de Dreux le dice:

« — Me estoy entreteniendo, amigo mio, mientras llega la hora del mercado! »

No hay duda posible! Ese hombre de mil diablos viene para quedarse con los cien caballos que necesita la remonta... Tal vez es un agente del general D***. Qué remedio, Dios mio, qué remedio?

« — Estais dibujando esas cosas para divertiros! — le dice indicándole el diseño con la punta de su látigo de ballena, — ó para venderlas? »

« — Para divertirme... y para venderlas. »

« — Pues bien, amigo, me parecen muy bien, muy bonitas... Ya veo que maneja tan bien la mano como la lengua y os compraria esos dos dibujos... »

« — De veras? »

« — Ciertamente... poco me importa el precio! »

« — Cómo? — Tan aficionado sois? »

« — Sí, á fé mia... un aficionado loco... y si me garantís que marcharéis sin demora despues de almorzar... os los pagaré á mil francos cada uno. »

« — Mil francos... es buen precio... á lo inglés! pero porqué diantres añadís al pago la condicion de mi marcha repentina? No os he dicho que queria ver ese mercado... »

« — Sí... me lo habeis dicho; pero yo quisiera veros marchar inmediatamente... y si 2,000 francos os parecen una indemnizacion digna... aquí están! — añadió el chalan dando un golpe en su cinto de cuero, atestado de billetes de banco y de oro. »

« — Pero en fin, porqué os obstinais absolutamente en que desaparezca de aquí? »

« — Porque sí! »

« — Oh! esa respuesta es la gran razon que dan siempre las mujeres, pero un chalan!... »

« — Un aficionado... tambien... de tan lindos dibujos!... »

« — Ah! vamos! comprendo! temeis que me quede y que haga otros?... »

« — Sí, sí... eso es! »

« — Que concurra al mercado y... »

« — Precisamente... quiero ser solo! »

(En poseer mis dibujos en todo el pais! — pensó de Dreux, « en efectuar la compra de los cien caballos! » dijo para sí el chalan.)

« — Bueno!... vengan los 2,000 francos! Ya está concluido mi segundo dibujo: os gusta? quereis que os dibuje en una esquina contemplando como buen conocedor los caballos? »

« — No, no, para qué molestarse, os retrasaria. »

« — Vaya, como querais. Pero al menos me permitiréis que almuerce? »

« — Sí por cierto! con tal que sea conmigo. »

« — Vamos! — pensó el artista, — es un estafalario! se recela de que haga otros dibujos para algun aficionado de estas comarcas... Y en suma, llévase el diablo el mercado de caballos! 2,000 francos... es una cucaña por parte de mañana! por doscientos rasgos de lapiz... Levantemos el campo y á Tolosa! »

Almorzaron, pues, y el chalan quiso pagar. Cojió los dibujos, los satisfizo y solamente se separó de Dreux despues de haberle dejado en el carruaje á las once. El mercado se celebraba á mediodía!

Separáronse cordialmente. Mas como en la despedida manifestase el especulador tanto contento, el artista se decia al alejarse de aquellos sitios:

« — Es el mas extravagante aficionado á dibujos que he visto! paga como un rey y casi me arroja de su lado! lo que es la manía de monopolizar la posesion! He visto pagar 3,000 francos por pruebas de grandes márgenes del caballero de la muerte de Alberto Duver, con la talla de buril. En cuanto el aficionado tuvo las dos estampas quemó una de ellas en presencia de gran número de espectadores, á fin de que la otra fuese la única... Tales son las manías, las locuras de los apasionados! Este chalan es de la misma escuela... pero olvida que trabajo desde veinticinco años ha! Verdad es tambien que no he dibujado, que no volveré á dibujar los cuatro caballos que me han servido de modelo en el patio de esta posada... y lo que posee será único... mientras que si me hubiese quedado... No importa! 2,000 francos... caro capricho! »

Dreux se complacia andando el tiempo en narrar esta historia — misterio cuya solucion no conocia, — y que se ha aclarado con motivo de su fallecimiento.

Un oficial se encontraba últimamente en cierta ciudad del mediodía de Francia, en el café, al lado de un hombrachon que leía los periódicos.

« — Valgate Dios!... — muerto!... que desgracia! »

Estas exclamaciones salian de los labios del chalan al saber la muerte del distinguido artista cuyo nombre estaba inscrito al pié de sus dos dibujos.

« — Le conociais? — dijo el oficial »

El chalan contó la anécdota de Argeles; pero en la parte relativa solamente á la temible competencia de los caballos de la requisita. — Y como este oficial nos remite este relato, — y como por otra parte hemos oido de boca del mismo Dreux en Paris este hecho, aunque con el error favorable á su amor propio de artista, nos ha sido fácil restablecer la verdad del conjunto, fundiendo las dos interpretaciones, los dos errores — aquí el enigma — allá la espression!

En este momento se encuentran conmovidos los aficionados con la coleccion de autógrafos del difunto M. Lucas de Montigny, hijo adoptivo de Mirabeau, muerto en 1852 á la edad de setenta años y dejando varias colecciones de interés. Creemos dárselo á nuestros lectores al hablar del personaje que ha dejado una copia escojida de autógrafos.

« Mirabeau adoptó en 1783 á un niño nacido el año anterior: consagróle una ternura enteramente paternal. Desde entonces le conservó siempre á su lado, le llevó consigo en sus viajes y sólo se separó de él al exhalar el último suspiro. Dejóle al morir en brazos de sus amigos y como si hubiese

adivinado que éstos, resignados á una admiracion muda y estéril, nada harian por defender su memoria contra el odio de los partidos, se la recomendó á su hijo, que no le comprendia, y suplicó encarecidamente á M^{me} de Saillant que prodigase al huérfano la solicitud de una madre, que le enseñase sus deberes y que le prestase ayuda en cuanto la fuese posible. »

La preciosa coleccion de documentos históricos autógrafos que se va á vender, desde el 30 de abril actual, perteneció precisamente al hijo adoptivo de Mirabeau, educado con solicitud y ternura por la hermana del gran tribuno: M^{me} de Saillant. En cuanto llegó á ser hombre, recibió todos los papeles de su padre, que fundió mas adelante en los ocho volúmenes publicados por los años de 1824, con el título de *Memorias biográficas, literarias y políticas de Mirabeau, escritas por él mismo, por su padre, su tio, — y su hijo adoptivo.*

Como debia esperarse, el libro es una apolo-gía, pero cuyas piezas originales la prestan un interés constante. Mucho tiempo antes que el príncipe de AreMBERG remitiese á M. de Baccourt, para publicarse, la correspondencia original de Mirabeau con el conde de Lamark, que sirvió de mediador entre Mirabeau y la córte, M. Lucas de Montigny habia recibido del príncipe la comunicacion de esta preciosa correspondencia. La habia leído... pero sin haber podido sacar copia, por lo cual, como mejor pudo, trasladó la sustancia á un volumen de sus *Memorias*. Esta revelacion que, por decirlo así, era como un prospecto de los textos, produjo en su tiempo viva sensacion. Así es que la publicacion de M. de Baccourt fué acogida con gran interés, ya por los meros curiosos, ya por los hombres de estudio, por los filósofos y por los políticos.

M. Lucas de Montigny no fué uno de esos hombres cuya insípida historia se escribe con estas palatras: « Nació, vivió y murió. » Por el contrario, fué un hombre de buen sentido, útil, práctico, cuya consumada experiencia prestó servicios eminentes á la prefectura del Sena, en donde era consejero cuando estalló la revolucion de febrero.

Un miembro interino de todo lo provisional que siguió, destituyó á Lucas Montigny, quien volvió sin esfuerzo á la vida privada. Apasionado á los estudios históricos, y habiéndose engendrado en él este gusto noble, tal vez con la mision que le legó su ilustre padre, logró reunir una escelente biblioteca y un gabinete considerable de documentos autógrafos, que franqueaba con esquisita amabilidad á los aficionados y á los doctos. Asegúrase tambien, que además de las preciosidades que habia recibido y coleccionado, gastó sumas crecidas en buscar los papeles íntimos que queria arancar á una publicidad posible y hostil á la memoria de su padre, y que despues de conseguido su objeto lo habia quemado todo. Piadosa resolucion, de que no se quejará la historia!

Si hablamos de una manera mas privada, dirémos que M. Lucas de Montigny era amable, grato, con un gran talento, adornado de suma erudicion. En lo físico se parecia muchísimo á Mirabeau. Estaba ricamente emparentado: su hijo, M. Gabriel de Montigny, casó con la señorita de la Ferté, de la familia que desempeñó altas funciones en la parte del servicio de córte que se llama de recreo. Su muerte, acaecida á principios del año de 1852, fué un duelo profundo para una fraccion notable de esa sociedad parisiense compuesta de hombres eminentes ó distinguidos, que comprende á los académicos, á los altos funcionarios, á los diplomáticos, á los escritores, á los artistas, — especie de gran cuerpo masónico que constituye como una cadena de inteligencia, cuyo eslabon es un nombre célebre. Terminarémos este diseño del hijo adoptivo de Mirabeau, con una anécdota de viaje que pinta su carácter y su humor.

No podemos precisar el año en que hizo un viaje de recreo á Londres, en compañía de uno de esos amigos que acabamos de mencionar. Un día que los dos turistas iban á visitar á Waburn-Abbey se detuvieron en la estación de Leighton-Buzzard, á cuarenta millas de Londres, para tomar un camino mas directo. Demorados á visitar las fábricas vecinas, fueron sorprendidos por la noche oscura. Una preñada nube reventó sobre sus cabezas y los mojó hasta los huesos. La tempestad los sobrecojió en un paraje de donde, como una estrella, partian cinco caminos. Buscando cada cual por su parte un albergue, se alejaron uno de otro y se perdieron. Voceaban, se llamaban para reunirse, pero se perdian cada vez mas en medio de aquel fatal laberinto cada vez mas intrincado con el huracan. Llamándose están todavía y no se pueden oír.

Era un sábado y la hora tardía en que los jornaleros vuelven de sus trabajos. ¿El amigo encontró quien le pusiese en camino de volverse á la estación? Es probable. Montigny tomó la resolución de seguir á la aventura su línea recta, contando con alguna paloma del arca, despues del diluvio.

Al cabo de una hora de camino se encontró á un aldeano:

— » No hay en estas cercanías algun sitio en donde hallar albergue y cena?

— » Sí, la quinta de sir William Watherworth.

Este nombre produjo al viajero perdido viva sorpresa.

— » Por dónde? dijo.

— » Por allí!

Lucas de Montigny sigue la indicacion y llega á la verja de un parque. Llama con fuerza, como un verdadero gentleman y acude un lacayo.

— » Sir William?

— » *Not at home.*

Por estas palabras se entiende en Inglaterra, bien que en efecto no está el amo en casa, bien que estando no recibe en general, — queda el caso particular.

— » Aquí está mi tarjeta... llevádsela.

— » Pero...

— » Pronto! — insiste Montigny con un aplomo irresistible á la obediencia.

Poco despues vuelve el lacayo y dice:

— » Caballero... mi amo siente no poderos recibir, pero dice que no os conoce!

— » Cómo que no me conoce! Tiene muy poca memoria y agradecimiento. Volved á decirle que el que se presenta es un acreedor que quiere se le pague! Obedeced!

El lacayo, subyugado con el tono imperativo, cede nuevamente, y Montigny le sigue á algunos pasos. Pero esta vez, el dueño de la quinta, tomando á mal la cosa y lleno de asombro y de estrañeza al ver tal insistencia y aplomo, se adelanta hasta la escalera en extremo iluminada.

— » Cómo os atreveis á asegurar que os debo dinero? no os conozco, nunca os he visto.

Y su gesto parecia indicar á sus criados que condujesen con presteza á la verja del camino á aquel intruso, cuando éste, olfateando una buena cama y no curándose de pasar la noche á la luna de Valencia, exclamó:

— » Poco á poco, milord! Vais á ver que me conoceis, ya que no me reconocéis! Sí, soy vuestro acreedor y os voy á decir cómo: hace próximamente cinco años, un gentleman, en Paris, queria atravesar el puente de las Artes. Detiénenle para pagar el pontazgo. Pero él no llevaba mas que *bank-notes* y ni una sola moneda suelta. Figúrase que el extranjero hubiera sufrido lo indecible de haber tenido

que volverse atrás, y dar un rodeo por otro puente... porque... ya se le iba á incorporar... una linda dama... jóven... y en fin, no quiero vender vuestro secreto!

Sir William parecia ya menos colérico y prestaba el oído con curiosidad estremada.

Lucas de Montigny continuó:

— » Un jóven que pasaba comprendió este apuro... Sorprendió la mirada inquieta lanzada á la jóven que seguía adelante, y ofreció al extranjero el sueldo que necesitaba para tener paso franco! Sorprendido y gozoso, el extranjero sacó de su cartera una tarjeta, y se la entregó á su bienhechor, diciéndole: «tendré á dicha poderos pagar un día, caballero!»

Y se lanzó tras la huella de la linda jóven, pronta á desaparecer en la estremidad del puente.

En esta tarjeta habia escrito el nombre de:

WILLIAM WATHERWORTH.

Leighton Buzzard.

— » Lo recuerdo perfectamente, porque la conservé mucho tiempo.

— » Cómo! caballero, fuísteis vos! — exclamó el Inglés con un tono de sincera cordialidad.

— » Sí, milord... me debeis un sueldo y os le vengo á reclamar!»

Se comprende lo demás. La acojida fué tan cordial como solícita. Precisamente estaba servida la mesa. Sir William dejó á Montigny en manos de un ayuda de cámara que le condujo á uno de los cuartos destinados á hospedar á los amigos de la casa, en donde pudo componer el desórden de su traje maltratado por la tempestad. Iba á bajar cuando apareció su huésped:

— » Caballero, — le dijo, — no debeis dudar de que era milady Waterworth la persona á quien yo seguía en el puente de las Artes... sin embargo, desearia que no recordáseis el hecho á milady, quien os espera abajo con algunos amigos que me hacen el gusto de acompañarme unos días en Leighton-Buzzard; así pues permitidme que os presente como uno de mis amigos de Paris... pero como no tuvisteis tiempo de decirme vuestro nombre... en el puente... y... »

M. de Montigny se nombró. Sir William tenia conocimiento de su publicacion sobre Mirabeau y se regocijó doblemente de su buena suerte. La continuacion de la anécdota se adivina. El hijo de adopcion del célebre tribuno conservó hasta la muerte un amigo que le habia costado un sueldo. A veces se tienen amigos que valen menos — y cuestan mucho mas!

~~~~~ Nos escriben de Alemania :

« Caballero, queréis un chiste régio, extranjero y en mi concepto oportuno? Ahí va, juzgadle :

» El otro día un príncipe, un Alteza, que ha tenido relaciones frecuentes con un opulento banquero israelita que desempeña gran papel en nuestra reducida capital, encontrándose aquí de paso, acepta la invitacion á comer en casa del solícito banquero.

» La comida era soberbia, el huésped habia convidado á los personajes de mas categoría que pudo encontrar, á fin de tener numerosos testigos del honor que Su Alteza se dignaba hacer á su casa. Al postre, ébrio de su triunfo, mas todavía que de sus excelentes vinos, déjase llevar por el declive de la confianza, de la familiaridad... y dice hablando al príncipe :

— » Bien sabeis, mi caro Federico, que...

» — Dispensadme! — interrumpióle el príncipe, — para mí no hay despiques, porque no os puedo llamar por vuestro nombre *de bautismo!* »

Aun rien de la leccion en nuestra corta capital.

~~~~~ Hace próximamente un mes, un mozo de caja perteneciente á la casa de Carlos Deneuves y Compañía, negociantes en hierro forjado, iba por el boulevard del Temple. Al atravesar el centro de la calle, se descuida, se encuentra cojido en una red de carruajes que cruzan, y recibe en medio del pecho un golpe de lanza que le arroja al suelo.

Transportado en un estado horrible á una botica vecina, apresúranse á prestarle los primeros auxilios. Pero con grande asombro de los concurrentes, el herido, que no habia perdido enteramente el conocimiento, rehusa estos auxilios y se opone con las fuerzas que le quedaban á que desabrochen su ropa... á que reconozcan su herida! Y como trataban de hacerle comprender el peligro, la locura de su resistencia, murmura el nombre de la casa de comercio á que pertenece y se reanima al parecer cuando vé que uno de los concurrentes marcha corriendo á prevenir á sus amos del accidente. En vano tratan entonces nuevamente de curarle... se resiste de un modo inconcebible, con toda la energía que le permite su triste estado.

Al cabo de veinte minutos de dolores tan intensos que apenas puede el paciente contener los gritos que le arrancan, llega por fin precipitadamente uno de sus amos. Entonces sólo el infeliz, incapáz de hacer un gesto, se deja tocar. Los asistentes comprendieron en aquel momento el motivo de esta resistencia que con verdad puede llamarse sublime! Porque el estado del herido era desesperado, como se va á ver su levita abotonada ocultaba una cartera con 180,000 francos en billetes de banco!

Por eso el heróico paciente, dominado por el sentimiento de la responsabilidad que sobre él pesaba, no habia querido recibir ningun socorro, prefiriendo hasta perder la vida antes que comprometer, en medio de un tropel de curiosos, de desconocidos que se agolpaban en la acera, el importante depósito que se le habia confiado.

Sólo permitió que le reconociesen la herida cuando vió ya seguros los 180,000 francos en manos de uno de sus principales. Entonces su valor y su probidad aparecieron con todo el brillo que resultaba de su inminente riesgo! El doctor Baudouin que le despojó de sus vestidos reconoció aterrado que la lanza del coche le habia hundido dos costillas, en tales términos, que sus carnes pendientes ponian de manifiesto los movimientos convulsos del corazon y la funcion penosa de uno de sus pulmones. El peligro era estremado! No se pudo transportar al paciente : fué preciso instalarle en la misma botica. Quince días despues solamente pudo responder el médico que este hombre honrado no sería víctima de su obstinada resistencia, que puso su vida en peligro en momentos en que hubiera sido escusable perder el sentimiento de los intereses que le habian sido confiados! Se nos asegura que los Sres. C. Deneuves y compañía le han firmado en toda regla una pensión vitalicia de mil y quinientos francos, revertible en su mitad á su familia. Debemos esperar que mencione este acto el próximo informe de M. de Villemain, en cierta categoría de los premios de Montyon.

JULES LECOMTE.

(Trad. A. L. de B.)

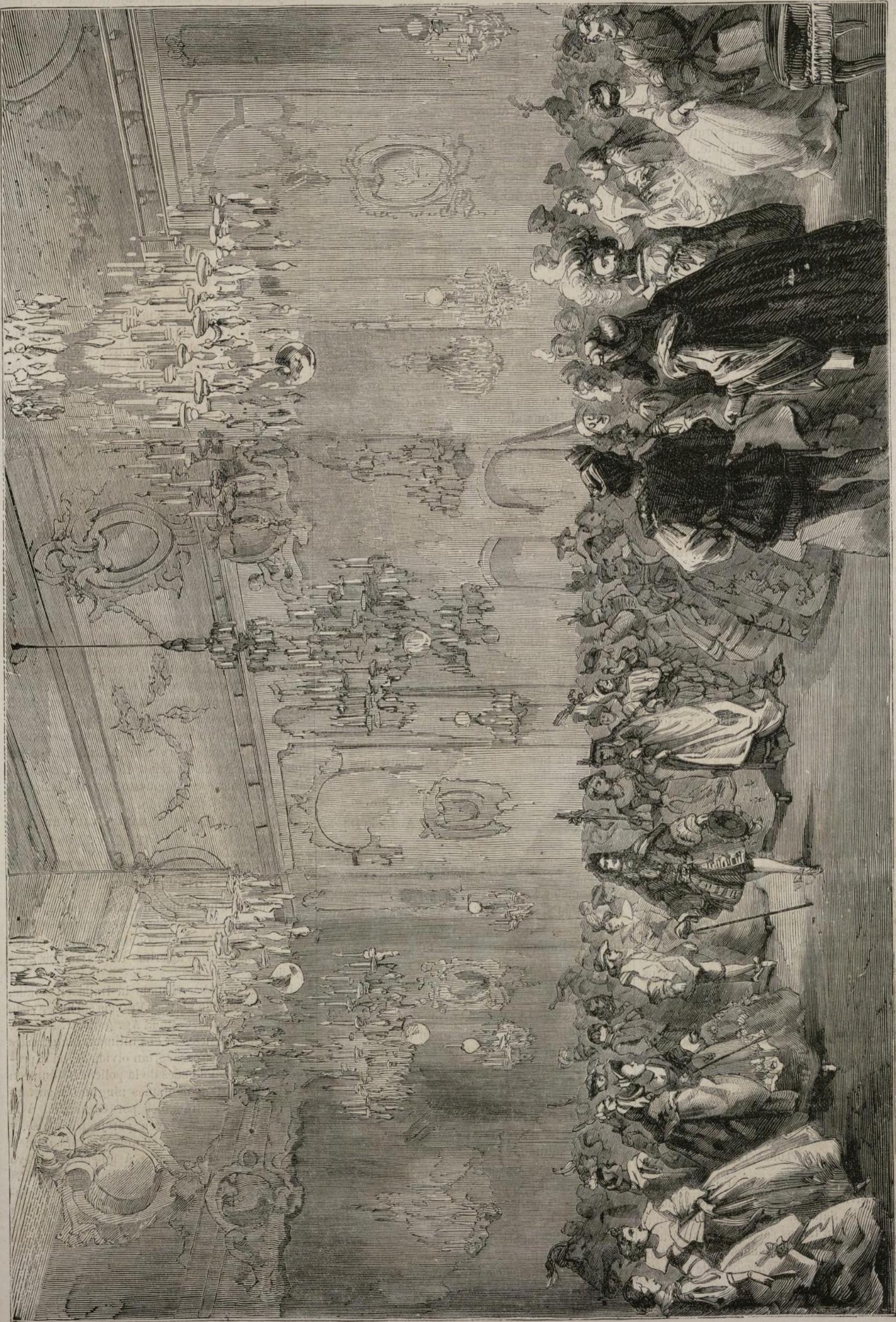


M. Laity anunciando á los habitantes de Annecy la próxima visita del emperador, conforme á un croquis de nuestro dibujante M. A. Deroy.



El síndico y los habitantes de Niza llevando á M. Pietri el resultado de la votacion, el 15 de febrero en la noche.

(Segun un croquis enviado por M. Urbain Lapierre.



Baile de trages dado el martes 24 de abril por el señor duque de Tascher La Pagerie, en el palacio de Alba, Campos-Eliseos.

BAILE DE TRAGES

Dado por los señores duques de Tascher La Pagerie en la casa-palacio de Alba.

El palacio de Alba, sito en la avenida de los Campos-Eliseos, reunió el martes último una sociedad escogida y elegante que parecia haberse citado allí para dar el último adiós á la estacion de las danzas y de las fiestas. Apresurábanse á concurrir á aquellos sitios porque esta última fiesta debia ser la mas brillante. Desde las diez acudian en tropel los convidados y no era pequeña su sorpresa al ver las elegantes estancias del palacio aumentadas con un vasto salon de baile, ricamente decorado en el estilo de Luis XV. Notábanse entre la brillante concurrencia todos los altos funcionarios del Estado, S. A. I. la princesa Matilde, la princesa Clotilde en traje de pastora, escuela de Watteau. El traje, salpicado de diamantes, á guisa de estrellas, de la princesa de Metternich atraía todas las miradas. Sus Majestades Imperiales, bajo el incógnito de dominós renovados varias veces, se mezclaron en repetidas ocasiones á los grupos de los convidados.

A las doce de la noche, el baile de los Cuatro Elementos, dirigido por M. Merante, de la ópera, y animado por los acordes de una orquesta obediente á la sábia batuta de Straus, produjeron un gran efecto, mereciendo los honores de la repetición.

A las dos, nueva sorpresa, sorpresa tal vez esperada, merced á las indiscreciones, pero cuyo efecto nada perdió de su prestigio. En el momento en que la concurrencia era mas nutrida, en que cada cual apiñado á su vecino parecia que queria hacer retroceder las paredes del salon de baile, en el momento en que las parejas se estrechaban hasta lo imposible, las puertas que dan á los jardines se abren repentinamente y el espectáculo brillante y fantástico de una inmensa sala de festin aparece á los ojos deslumbrados de la concurrencia. Las columnatas de mármol y de oro, las estatuas y los jarrones preciosos, las flores y las plantas exóticas colocadas con arte y profusion, los surtidores que reflejaban el brillo de las luces, y derramaban la frescura en la atmósfera embalsamada, todos estos esplendores parecian reclamar los pinceles de Pablo el Veronés para fijarse en el lienzo.

Habia veinte mesas servidas para la cena. Cuarenta pajes con trajes del renacimiento, daban esmerado cumplimiento al servicio. Una orquesta, colocada en una de las galerías, derramaba sus melodías por aquellos ámbitos durante la *media noche*, la cual no duró menos de dos horas y media.

Se bailó hasta las seis de la mañana.

Esta maravillosa fiesta, cuyo aspecto y decoracion espléndida transportaba como por encanto á las rejiones de los ensueños y de los cuentos orientales, quedó organizada en menos de tres semanas. Los señores Nola y Rubé, encargados de decorar las salas de baile y del festin, deben por fuerza conocer las evocaciones de los mágicos para haber logrado que brotasen en tan corto tiempo tantas maravillas de su paleta encantada.

MAXIMO VAUVERT.

(Trad. A. L. de B.)

LLEGADA DEL REY VÍCTOR-MANUEL AL PALACIO PITTI EN FLORENCIA.

Feliz como un rey. Víctor-Manuel debe mandar grabar esta divisa en su escudo al rededor de la cruz blanca de Saboya. La diadema real, que abruma la frente á tantos soberanos, es para él una corona de flores. Las ciudades de Italia, tan celosas un tiempo de sus privilegios y de su estéril independencia, no conocen hoy mas que una rivalidad: la del amor que profesan á su nuevo

soberano. Emulan entre sí para arrojarle flores á su paso, para descargar una formidable tempestad de vítores y aclamaciones. La acojida que acaba de tener en Florencia ha hecho casi palidecer las frenéticas ovaciones de los Milanese. Si de Florencia se dirige á la capital de la Lombardia, no puede preverse lo que acontecerá: las tres mil estatuas de que está erizado el *Duomo* bajarán sin duda de sus pedestales, y abdicando su impassibilidad de mármol, se precipitarán á formarle cortejo. Que harán Bolonia, Parma, Módena, Pisa y Luca, si el entusiasmo y el reconocimiento no encontrasen recursos imprevisitos?

El tránsito del rey *galantuomo* de Liorna á Florencia ha sido una marcha triunfal. Los aldeanos de la Toscana, tan metódicos, tan indiferentes á todo lo que no es moreras, viñas y maiz, se hubieran precipitado gustosos bajo las ruedas del wagon real, como los fanáticos adoradores del dios Jaghernat. En la estacion de Florencia, hubiera creído cualquiera que el tropel se habia aumentado con todos los Guelfos y Gibelinos de los tiempos antiguos, reconciliados con un mismo amor, con un mismo pensamiento. Cuando el rey, despues de una abocucion sencilla y significativa, abrazó al marqués Bartolommei, los circunstantes prurupieron en tiernas lágrimas. De la estacion al palacio de Pitti fué literalmente necesario navegar bajo una tempestad de gritos y entre escollos de camelias.

Hubiera querido oír en medio de la explosion de estos delirios lo que decian, bajo las bóvedas de *Santa Croce*, el Dante, Alfieri y *Maquiabelo*, vestustos y sólidos géneos de la política y de la poesía. Florencia libre! realizados sus ensueños! su entusiasmo revistiendo la forma perpétua de un hecho! consolados sus dolores! Los toscos basamentos del palacio de Pitti servian de gradas al pueblo frenético: los laureles del jardin de Boboli estaban abrumados de espectadores que nada veían. Florencia, que nada olvida, no perderá jamás el recuerdo de este gran dia, preludio de nuevos destinos, y su grandeza futura datará del momento, en qué, ante la independencia de todos, abdique en manos de un rey caballero su añejo orgullo municipal.

A. COHIN.

(Trad. A. L. de B.)

M. LAYTY, EN ANNECY.

El senador Layty, enviado por el Emperador con mision extraordinaria á la Saboya, fué recibido en la ciudad de Annecy con toda la simpatía digna de la causa que representaba.

El delegado de Napoleon III, al llegar á la capital del canton, se dirigió á la fonda de Inglaterra, á donde le acompañaron la municipalidad y la música de la guardia nacional.

El dibujo que nos remite nuestro corresponsal M. A. Deroy, y que reproducimos, representa á M. Layty en el balcon de la fonda recibiendo, á nombre de su soberano, las aclamaciones de un pueblo entusiasta. A su lado está el gobernador de Annecy, leyendo un despacho telegráfico que anuncia á los Saboyanos la visita del Emperador para el mes junio.

Rodeado del clero, del sindico de la ciudad y de varias personas notables de la misma, M. Layty desaparece, por decirlo así, bajo la innumerable cantidad de banderas francesas que el deseo de la anexión habia enarbolado en todas las ventanas y balcones vecinos. Toda la muchedumbre, que escucha la comunicacion del gobernador, lleva curdadas con los colores franceses.

La plaza del Ayuntamiento está llena de Sa-

boyanos que se apiñan debajo del balcon gritando: Viva la Francia! viva el Emperador!

Estos gritos entusiastas dicen bastante cuál será el resultado de la votacion en cuya virtud se va á incorporar la Saboya á un país que posee todas sus afecciones y al que le llaman todos sus intereses.

MAC VERNOLL.

(Trad. A. L. de B.)

LA VOTACION DEL 15 DE ABRIL EN NIZA.

La fecha del 15 y 16 de abril será por siempre memorable en los anales del condado de Niza. Ese dia recordará el entusiasmo con que un pueblo votó su anexión á la Francia, ese país al cual le atraen afinidades de raza, de lengua, de costumbres y de intereses.

Desde las nueve de la mañana del domingo estaba abierta la votacion en la ciudad de Niza y pueblos rurales del condado. Los carabineros sardos estaban encargados de la policía de la ciudad y la guardia nacional velaba á las puertas de los comicios. Las tropas francesas se habian retirado á Villafranca.

Por un sentimiento de justicia y de delicadeza, los ciudadanos de Niza dejaron votar primero á los habitantes de los arrabales y del campo cuyos momentos eran preciosos y que llegaban en tropel gritando: *Viva el emperador! viva la Francia!*

Estos últimos se presentaban en el colegio electoral, con la bandera y música al frente, precedidos de sus curas y las personas notables del canton.

No ha sido menor el entusiasmo de los moradores de la ciudad, y sabemos que 6,810 Sí han respondido á una oposicion reducida al número de once papeletas negativas.

Despues del escrutinio, concluido el 16 á las nueve de la noche, se llevó el resultado á M. Pietri, senador, por mano del sindico de la ciudad, á quien acompañaba la comision de vigilancia del escrutinio y verificacion de papeletas.

Una muchedumbre entusiasta, con banderas y antorchas, escoltaba á sus magistrados, mientras que la marcha de la reina Hortensia respondia al himno nicense compuesto por M. Leopoldo Amat.

MAXIME VAUVERT.

(Trad. A. L. de B.)

PALERMO Y MESINA.

La Sicilia se halla mas distante de la Italia que Malta, Candía y Mitylene; por esta razon se viaja poco en ella. Es muy comun que la política aumente las leguas inscritas en los mapas geográficos.

Despues de haber visitado la Italia en detalle, habríamos sentido volver á Francia sin haber visto á Palermo, Mesina, Catana, Agrigento y Siracusa, principalmente á estas dos últimas, tan grandes en la historia del pasado, tan olvidadas en el presente! Las formalidades de la policía no duraron mucho tiempo; no teniamos ninguna importancia política, escoltábamos por casualidad á la luna de miel de una jóven pareja parisiense, y nos hallábamos perdidos en una caravana de ciertos Alemanes con gorritas, á quienes se creyó poco peligrosos, en razon de su dialecto gutural.

Despues de haber pasado en lista minuciosamente á bordo á todos los viajeros un comisario con cara de guarda, el vapor se puso á batir lentamente las azuladas aguas del golfo napolitano; doblamos la punta de Capri, pronunciando al paso en memoria de Tiberio una frase de Tácito, y pasámos el cabo de Sorrento, en donde los naranjos parecen cantar las estrofas de Lamartine. — El dia

siguiente, á las cuatro de la tarde, estábamos en Palermo. Hallábase con nosotros M. Dumortier, diputado belga. Iba á Sicilia, deseoso de dirigir una mirada á la iglesia de Monreal, con la premura de un orador que se escapa entre dos enmiendas. Compañero agradable, instruido, entusiasta, tiene sin embargo en su conversacion esos hábitos de tribuna que sólo es dado abandonar á los grandes oradores...

El panorama de Palermo nos dejó estasiados. Los Alemanes creían que se trataba de un miraje, los Ingleses pensaban en los abismos de azufre en los cuales se sumergen los torrentes del Etna. M. Dumortier y yo nos estrechábamos la mano, como unos recién llegados á las puertas del Paraíso. Los aduaneros se resienten de aquel aire tan suave, de aquel sol templado en las ondas azules de la mar, de aquellos perfumes de azahar que parecense allí el hálito de las montañas. Miraron con bastante indiferencia nuestras maletas, sin examinar nuestros libros, ni registrar nuestras botas, y en un abrir y cerrar de ojos rodamos en medio de una nube de polvo hasta la puerta de la posada que lleva el nombre de Trinacria.

Hagámos aquí lugar á un reclamo. Tres años ha que esperaba yo esta ocasion. La posada de la Trinacria es la mejor del mundo. Sábase en ella lo que uno gasta, y el posadero, cuyo nombre siento haber olvidado, es el personaje mas multiforme que he visto en mi vida. Reassume en sí al administrador, al guía, al consejero, al conserje, al juez de paz, al geógrafo y á la providencia del viajero. Id á la Sicilia y fiad en él para todas vuestras escursiones; si tuviera que votar por un rey de Sicilia, no proclamaria á otro mas que á este ideal del *landlord*.

Para describir á Palermo, como lo merece, no bastaria un volumen, aun cuando se hallase escrito por el cincel de Teófilo Gautier, quien debería completar su coleccion de bajos relieves yendo á visitar la capital de la Sicilia. Monreal le espera, así como el palacio de la Ziza, cuyos arabescos le recibirán con festejo, estoy seguro de ello.

Apenas nos hallábamos libres de la espesa capa de humo y de polvo de que estábamos cubiertos, corríamos á respirar el aire puro á la Flora: este es el jardin público de Parma. M. Thompson Pomeriense hallaba en mi compañía; majestuoso y como vaciado en el molde de un man-hir, viajaba en todos los países del mundo para dar algun empleo á sus largas piernas y aprender la economía. En la Flora reconoció los árboles de Méjico; otro Inglés se creyó en un jardin de Canton. Véase de todo en aquella isla bendita del cielo, y tan deliciosa en medio de sus ruinas.

El dia siguiente fuimos á Monreal con M. Dumortier. Despues de haber atravesado el mágico país que se llama la *Conca-d'Oro*, se trepa por una costa bastante pendiente y bien cuidada, desde donde penetra la mirada sobre Palermo y sobre el mar en el cual parece bañarse aquella ciudad, como una ninfa estasiada con su corona de azahar sobre la cabeza. El monte Pellegrino y la punta Mongerbino se adelantan como dos muelles naturales por las dos estremidades del semicírculo en las azules olas del Mediterráneo. Este semicírculo es menos grandioso, menos delineado que la bahía de Nápoles; pero la mirada que se estiende con toda libertad sobre el vasto horizonte del mar, se dirige tal vez con mayor delicia sobre aquel valle en forma de emparrado, en el cual se estrechan todas las riquezas y se confunden todos los perfumes de una vegetacion tropical.

Monreal es una villa silenciosa, cuya animacion se concentra toda en un cicerone hablador y obsequioso, que os arrastra mas bien que os conduce á la iglesia de *Santa-Maria-Nuova*. Al entrar en ella, M. Dumortier dejó caer las manos sobre sus piernas, y su sombrero rodó sobre las

losas. Hallábase desesperado de verse sorprendido á tal extremo por tanta belleza y por una magnificencia arquitectural cuyo secreto parece perdido para siempre. Es una eflorescencia de mosaicos de fondo dorado capaces de hacer palidecer á San Marcos de Venecia.

¿No parece marcar este admirable edificio, con sus maravillas, la toma de posesion por el Oriente de la arquitectura en Europa? Pasámos una hora visitándole en detalle, sin agotar nuestra admiracion. El convento, del cual depende esta iglesia, es un edificio bajo, sin carácter, esceptuando el patio cuadrado cuya columnata recuerda la que se ve en Roma cerca de la iglesia de San Pablo. Un mezquino naranjo, medio oculto entre grandes yerbas, parece simbolizar en aquel lugar la decadencia de la vida monástica. Los religiosos nos condujeron á la bóveda en la cual guardan á sus muertos enteramente vestidos en estado de perfecta conservacion. Yo preferiria tenerlos en un frasco. Este horrendo simulacro de la vida es capaz de haceros quitar el gusto á la muerte y parece una prorogacion ultrajosa de la sentencia de la Escritura: *En polvo te has de convertir*.

De vuelta á Palermo, y antes de emprender nuestra escursion al centro de la Sicilia, empleámos cuatro dias en visitar la ciudad, sus numerosas iglesias casi todas admirables, sus deliciosas cercanías. M. Dumortier me condujo á la capilla real, al monumento sarrazeno en el cual fué bautizada la reina de los Belgas, Luisa de Orleans, quien nació durante el destierro de su padre. Arrodillóse lleno de lágrimas al lado del bautisterio, y yo no tuve pena en asociarme á su emocion.

Todos los monumentos públicos datan de la época normanda, que es como el siglo de oro de los Sicilianos. Todos los dias reunen los improvisadores en sus salas de escuela numerosos oyentes que van á maravillarse al oír las aventuras de Roberto, de Raoul y de Tancredo, como si las oyeran por primera vez. Las calles de Palermo, la de Toledo entre otras, tienen un aspecto oriental, debido á los balcones en forma de jaula, ricamente labrados, y á sus tiendas en forma de nichos como las del Cairo. En lugar de cafés, encuéntrase de trecho en trecho, una especie de divanes sin mesas, en los cuales los Sicilianos ociosos van á cambiarse las noticias del dia y hablar del diario que ellos no pueden leer. Las mujeres de Palermo recuerdan, por su traje, su tez y sus vivas y penetrantes miradas, á las Españolas de Valencia, quienes deben parte de sus gracias al arte tan variado que tienen cuando se cubren con sus mantillas.

Hicimos una peregrinacion á santa Rosalia sobre el monte Pellegrino. Santa Rosalia es la patrona de Palermo, y cada año se celebra su fiesta con una pompa y un alborozo extraordinarios. Cerca de de la gruta en la cual vivió la santa, se ha construido recientemente una plataforma desde donde pueden disfrutar los viajeros, descansando, de la mágica vista del mar y de las costas. Fuimos abordados allí por una alegre banda de jóvenes que, al saber que llegábamos de Paris, nos festejaron como á unos semidioses. Paris! es su ensueño, su imposible, el antípoda misterioso cuyas maravillas exageran, el país de las leyendas sin cesar explorado por sus esperanzas y sus votos. Dejámos á Palermo con pesar, despues de haber visitado el jardin Butera, milagro de riqueza y de gusto, en donde se ha dado cita la flora del mundo entero.

MESINA.

Quando se ha hecho el viaje de Catania á Mesina, pasando por Taormina y los pueblos escalonados á lo largo de esta admirable cornisa de la cual se habla tan poco, no queda á Mesina mas que su importancia de ciudad grande y de puerto de mar. Su situacion es digna sin embargo de ser

notada, á los piés de las montañas fértiles y ricas en las cuales se halla reclinada frente á la costa de Calabria, que se creeria poder tocar con la mano. Escepto su catedral, mezcla del estilo de todas las épocas, y algunas fuentes en las cuales cabalgan las alegorias, como por do quier, sobre tritones, Mesina es muy pobre en monumentos. Es necesario ver sin embargo una pequeña iglesia, situada en paraje muy elevado, en el lugar de un antiguo templo de Júpiter, y cuyo interior se halla revestido enteramente de mosaicos florentinos, *opera di Comesso*, que reproducen los mas fantásticos caprichos de los antiguos mosaicos. Dos ó tres calles empedradas con anchas losas se hallan formadas por hermosas casas, y su jardin público vale casi tanto como el de Palermo. El ancho muelle del puerto, llamado *la Marina*, se halla cubierto siempre por una muchedumbre vestida de todos colores, en la cual pueden estudiarse los tipos mas originales de la Sicilia. Mesina sufre con frecuencia los estragos de los torrentes que descienden de las montañas en los dias de grandes lluvias.

Pasámos en ella varios dias, esperando la salida de la cáscara de nuez que debía conducirnos á Nápoles, y cuyo capitán aguardaba para calentar que ningun soplo del viento *arrugase la cara de las aguas*. Transportaba un cargamento de conscriptos calabreses que no llevaban precisamente consigo el perfume de las rosas de Pæstum. Olvidamos todos los inconvenientes de este viaje, ligándonos de amistad con un escelente Palermitano que debía acompañarnos hasta Paris, á donde iba por primera vez de su vida. Hablaré mas tarde de este alegre compañero, cuya figura original se destacaria mal sobre estas notas escritas de prisa.

Nuestro grabado reproduce hoy varios trajes sicilianos. Ese pueblo ardiente aventaja á los Italianos por su gusto á los colores brillantes y el exceso de adorno. La acémila del aldeano lleva sobre la cabeza un penacho de plumas de siete colores: sobre los adrales de su carro se hallan reproducidas siempre, con vivos matices y sin cesar retocadas, las escenas mas tiernas de la pasion y de la vida de Santa Rosalia. El Siciliano conoce apenas otro gorro que el frigio, que es negro en el interior de la isla. Las mujeres gustan mucho de los ropajes encarnados, de avalorios y de la flores de oropel. En suma, el viaje de Sicilia es tal vez uno de los mas interesantes que puede hacer un turista bien provisto de dinero, de un buen estómago acostumbrado á los huevos duros y á los panes ázimos, muy instruido en su *De Viris*, y que tenga en las uñas la historia de Polifemo y de Gajatea. Volverémos á hablar con mas detalles acerca de los incidentes de este viaje.

JOSÉ DOUCET.

(J. R.)

PARIS DESCONOCIDO.

LOS TAPETES VERDES.

I.—La pasion del juego.

(Continuacion.)

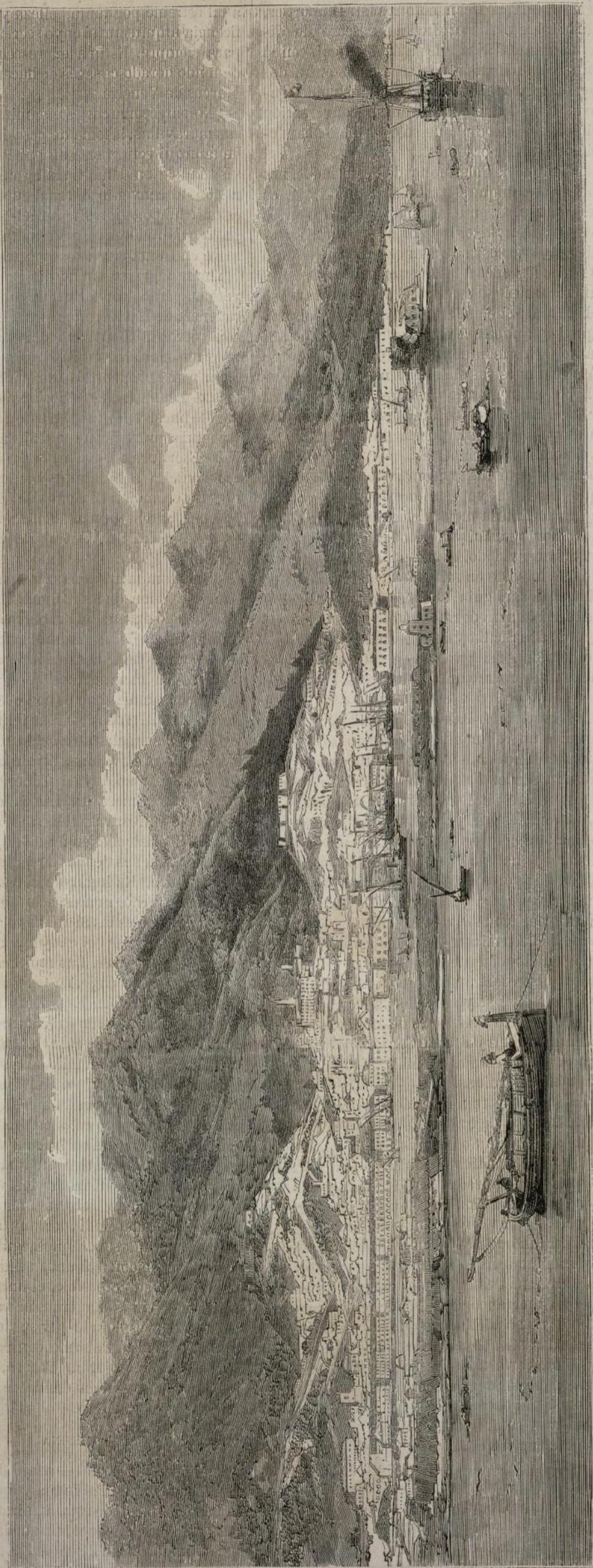
Si se desea saber hasta donde llegó en otros tiempos la terrible pasion del juego, léase el siguiente párrafo, tomado de las *Cartas de Feuquières*:

« El juego de M^{me} de Montespan rayó á tal exceso, que las partidas de 100,000 escudos eran muy comunes. El dia de Navidad perdía ella 700,000 escudos (140 mil duros); puso en tres cartas 150,000 doblones y los ganó; en semejante juego se puede perder ó ganar cincuenta ó sesenta veces en un cuarto de hora. »

¿No es esto un furor, y es posible que el buen



Vista general de Palermo. Dibujo de M. Durand-Brager.



Vista general de Messina. Dibujo de M. Durand-Brager.



Trages sicilianos de Palermo y de Messina.

vista general de Messina. Obispo de al. Luciano. Obispo.

sentido deje de condenar una pasión que conduce á tales excesos?

Ya que hemos abierto los libros antiguos, séanos permitido referir dos escenas odiosas que parecen tener aquí su puesto marcado. Dejemos hablar desde luego á un testigo ocular, al mismo Saint-Simon. Acababa de morir el hermano de Luis XIV:

« Al levantarse de la mesa, veintiseis horas despues de la muerte de *Monsieur*, Monseñor el duque de Borgoña preguntó al duque de Monfort si queria jugar á la berlanga. « A la berlanga! » exclamó Monfort lleno de admiracion; no pen- » sais que *Monsieur* está aun caliente! — « Perdo- » nad, respondió el príncipe, no lo he olvidado; » pero el rey no quiere que las jentes se aburran » en Marly: me ha ordenado que haga jugar á » todo el mundo y, por temor de que nadie se » atreva á hacerlo el primero, que dé yo el ejem- » plo. » De manera que se pusieron á jugar á la berlanga, y el salon se llenó muy pronto de mesas de juego.

Hé aquí ahora la segunda escena, digna en verdad de la primera. Esta otra la encuentro en la *Correspondencia literaria* de Grimm:

« Los placeres y las diversiones de la difunta reina eran muy sencillos y uniformes; pero tenia bien distribuido el dia, y todo lo que podía turbar el orden acostumbrado la causaba tristeza y mal humor. Una noche, habiendo entrado M. de Maurepas en el salon en que se hallaban todas las personas de la corte, y no encontrando en aquellos semblantes sino la espresion del hastío y del embarazo, procuró descubrir la causa. « Eh! no sabeis, dijéronle, « que es hoy el primer dia de » luto? nadie se atreve á jugar. Su Magestad se » fastidia... » — « Pero el juego de los cientos, res- » pondió M. de Maurepas con aspecto muy formal, » es un juego de luto. » Toda la corte se apresuró á repetir: « El juego de los cientos es juego de luto! » Fueron á anunciárselo á la reina, y el cielo reapareció sin nubes. »

Al decir Napoleon I: « No soy muy amigo de las mujeres ni de los naipes, » nos indicó la medida en que un hombre razonable debe aceptar la distraccion del juego. No se la debe proscribir de un modo absoluto, pero es necesario tambien que no se contraiga el hábito y que pase al estado de cosa indispensable. Mientras se domina á sí mismo, el hombre no juega mas de lo que puede buenamente jugar, y no perjudica, por el juego, ni á sus negocios, ni á su salud, ni á su consideracion: no es todavía un jugador. El juego se convierte en pasión, cuando se quiere especular con él. Hasta entonces no es mas que una verdadera distraccion, muy lícita, y á la cual todos nos entregamos, mas ó menos, con muy pocas escepciones. De qué modo se hace uno jugador? sábelo el diablo. Él emplea ciertos procedimientos para atraer á sus víctimas, y, desde que, há cuatro ú cinco siglos, tiende sus redes en la sociedad francesa, no las ha sacado ni una sola vez vacías. Jugamos quizás menos que en tiempos pasados, pero jugamos aun mucho. La época actual tiene sus Grammont, sus Bassompierre, sus Dangeau, sus Boneuil, sus Langlée, sus Choisy. Son menos brillantes que en otro tiempo, tienen menos millones, sus desbarros no son tan escandalosos, porque no es ya de moda el jugar grandes paradas en la corte y no pueden devorarse entre sí sino en pequeños gabinetes, en el club ó en los garitos; pero no por eso dejan de formar una poblacion numerosa, cuya vida escéntrica, misteriosa y dramática, merece ser estudiada. Nuestra época tiene tambien sus Zamet y sus Clérembault. Voltaire y Montesquieu no tendrían nada que cambiar á sus reflexiones acerca de las mujeres jugadoras, si vivieran en nuestros

días. Las mujeres se entregan al juego con mas ardor y verdadera pasión que al amor. En el tapete verde, no hay distincion de sexo, ni de edad, ni de belleza: hay solamente jentes que quieren ganar, que trastornan la vida, se acuestan por la mañana, convierten el dia en noche, apenas conocen la luz del sol y se tutean despreciándose mutuamente. Sobre todo, esa falanje nocturna, extraña mezcla de hijos de familia, de aventureros, de mujeres cortesanias, de imprudentes comerciantes, de artistas viciosos, de jóvenes estraviados, de empleados infieles, de extranjeros embaucados, de ropavejeros y de gitanos, sobre todo esta falanje, decimos, merece tener su pintor y su moralista.

He hablado de la pasión del juego en el hombre, y he dicho que le degradaba. En la mujer, tiene ella un carácter todavía mas repugnante. Ésta, en efecto, por mas que tenga inteligencia y educacion, no experimenta, como el hombre bien educado, la necesidad de dejar á salvo su dignidad mostrándose insensible á los azares de la suerte. Si gana, pónese loca de alegría entregándose á una intemperancia de jestos y de lenguaje que la hacen un objeto indigno; si pierde, no hay imprecaciones que no manchen su boca; descompónese su semblante, sus labios palidecen, sus ojos se inyectan de sangre, su frente se cubre de arrugas y de sombras, sus manos se crispan. Búsquese bajo tales facciones á la mujer hermosa! No es mas que una furia entregada á los mas abominables estravíos. La mujer es naturalmente interesada, á veces avara. Ama al oro hasta la idolatría: le arrancais el alma al arrancarla sus luises. Hé ahí porqué es tan desgraciada y lo deja ver tanto. El hombre sabe perder algunas veces con nobleza, la mujer nunca. Dónde están sus veinte años, dónde su belleza? Ninguna huella se encuentra en esta borrasca que la trastorna y la marchita. Ella misma no sabe ya lo que debe á su hermosura. Qué la importa ésta? Va allí acaso para agrandar? No, va con el objeto de ganar, y pierde! Ella, que sabe cautivar con una mirada, no ha sabido subyugar á la fortuna. Hállase derrotada, vencida y despojada. Esto es lo que lleva su exasperacion hasta el delirio. Miradla cuando salga mañana, al amanecer, de ese lugar de condenacion en donde ha dejado todo su oro, — ganado ¡ay! con tantas penas. — Lluève, y va á pié por la acera llena de lodo, su cabello se halla descompuesto, el sombrero mal arreglado, marchito el semblante, los ojos apagados, la boca torcida con ademán estúpido, ajado el vestido, arrugadas las medias que flotan sobre sus piernas, y, — ¡oh colmo del estravío! — ha olvidado ponerse los guantes! Vosotros, los que la seguiais hace ocho dias y la escribisteis un billete amoroso, la desdeñaríais esa mañana por el solo precio de *une course* en coche simon.

Mas adelante las verémos en sus devaneos, á esas pobres aves nocturnas que la naturaleza ha dotado á veces tan generosamente, con todas las galas que hacen á una persona agradable. Diré á donde las conduce el juego y no habré perdido el tiempo enteramente, si el exacto cuadro de las consecuencias de estos desórdenes conduce á la vida honrada siquiera á una sola de esas desgraciadas criaturas, á quienes esplotan con igual ansia las viejas prácticas del lansquenet y los entes misteriosos que viven del tapete verde.

Ese mundo extraño de jugadores y de mujeres débiles cuenta tipos numerosos. Tiene, valiéndonos de una espresion de teatro, sus papeles marcados. Al lado de estas figuras estereotipadas, por decirlo así, inmutables y que la policía encuentra por do quier que ella cae, vienen á agruparse otras que causa sorpresa hallar en semejantes lugares: tales son los provincianos estraviados, principiantes, ó como si dijéramos

aprendices de ambos sexos. Cierto dia me indicaron una jóven, de angélica belleza, y que, recién llegada de su provincia, jugaba con pasión. Hícela varias preguntas; me respondió que en efecto velaba todas las noches, que esta vida le maltrataba la vista, pero que no podia menos de jugar. Y como yo me quedase pasmado, al oirla, añadió con voz de calandria herida: « Qué quiere usted! busco emociones. Me he dicho á mí misma: Vida... corta, pero buena! Con sólo veinte años mas... » Cuántas contradicciones en estas pocas palabras! Qué ignorancia de la vida! La jóven tenia diez y siete años, era bella, delicada, encantadora como una princesita de las *Mil y una Noches*, y buscaba emociones en el juego! Qué blasfemia contra el cielo! Esta vida la mataba, y sin embargo se entregaba á ella porque se habia dicho allá para sí: « Corta y buena! » Decia *corta* y añadia: « Otros veinte años *mas!* » Qué lijereza! Qué niña digna de ser encerrada en una casa de educacion y castigada á pan y agua! Habria yo querido poder llevar al redil á aquella oveja descarriada. Hábléla de su familia, del verdadero amor, de la felicidad que procura el trabajo, pero sin esperanza de convencerla. Me respondió, con el tono mas resignado y sin amargura: « No creo en el verdadero amor, desde que me abandonó mi amante; no creo en la familia, pues la mia me ha despedido; y en cuanto al trabajo, tengo la vista demasiado débil para trabajar. » En efecto, supe algun tiempo despues que estaba ciega y se hallaba en el hospital. Presentáronseme entonces á la memoria estas palabras: « Corta y buena! otros veinte años mas! » Dejémoslas aquí consignadas como una leccion.

En tiempos de Luis XIV decíase ya que el juego habia matado la conversacion. Y sin embargo aquel era el siglo del génio y la época de los talentos brillantes. Desde entonces el mal no ha hecho mas que empeorar. La conversacion, es decir, la buena y cordial plática, en la cual cada uno aprendia y enseñaba á su vez alguna cosa, no existe ya. Los juegos de azar han sido proscritos, pero en cambio, los círculos se han multiplicado. Reúñense en ellos, no para conversar, segun la antigua acepcion de esta palabra, sino para hacer negocios, hablar de política, de los fondos públicos, y sobre todo para fumar y jugar. Los salones se van quedando desiertos y las mujeres en el mayor aislamiento y abandono. Los hombres, entregados á sí mismos, se emancipan de toda sujecion y se muestran con frecuencia libres en sus palabras hasta la grosería. La urbanidad desaparece, suprímese la fina política y la galantería se halla perdida. Tal es la barbarie moderna, barbarie de frac negro, ridícula indisculpable. Es verdad que ya no se os impone por la fuerza física, pero impónese por la audacia y por los pulmones. El que grita mas fuerte es el dios del lugar. Tiene en su favor á los necios, quienes componen mayoría en todas partes, y los otros le dejan obrar y decir, por cansancio ú hastío. El jugador es siempre bien recibido en esas reuniones, en las cuales se pierden cantidades considerables. Guárdansele consideraciones, por que se le ve oro, y el hombre de talento no viene sino despues de aquel en la estimacion de los concurrentes. Ciertos círculos no son sino casas de juego solapadas. Los menos peligrosos consisten en asociaciones entre los diversos miembros, y la especulacion nada tiene que ver con ellos. Los otros constituyen empresas particulares cuyos beneficios pertenecen á un solo individuo, que los administra por su cuenta y riesgo. El jugador que consiente en pagar un escote anual mas ó menos considerable, y que puede hacerse presentar bajo las condiciones que exige el reglamento, es recibido como miembro de uno de estos círculos, y allí es donde juega. Los otros, jente

de menos superficie, aves de paso ú gitanos demasiado conocidos, bajan á las partidas clandestinas, las que la policia está espiando sin cesar. Todos se entregan con ardor á su pasion. No hay un círculo, — hablo de aquellos en que se juega mucho, — que no tenga en sus anales alguna historia lúgubre ó algun hecho vergonzoso que se refiere en voz baja. Háblase por ejemplo de un comerciante que ha hecho bancarrota despues de haber perdido poco á poco sus bienes y los de los otros. No jugaba mas que al ecarté, sin embargo, pero no jugaba nunca menos de veinticinco luises, y cuando se *clavaba* (el juego tiene su germania como la Bolsa y el crimen) perdía sus ocho ú diez mil francos (dos mil duros). Tambien se refiere la historia del heredero de un gran nombre sorprendido en el momento en que hacia desaparecer una carta en cierta apuesta de mil luises y á quien se se le invitó sencillamente á que no volviera á poner los piés en la casa. Habia perdido tanto en los dos años últimos!

Ó bien hay diálogos como éste:

— Sabe usted lo de N...?

— El capitán? Y bien?

— Se ha volado la tapa de los sesos.

— Bah! Y porqué?

— Parece que habia perdido mucho en estos últimos dias, *entre bastidores* y aquí.

— Me deja usted sorprendido! Jugaba con tanta nobleza y tenia tanta moderacion! He levantado otro *muerto* con él el viernes.

— Se ha suicidado el sábado.

— Es increíble.

— Sin embargo es demasiado cierto.

Ó bien:

— Porqué no viene ya M. V...?

— Porque perdió 100 luises la última vez que vino.

— Pero gana 10,000 duros por año con sus pinceles.

— Dícese que es muy avaro.

— Avaro? un artista! un jugador!

— Muchos jugadores son avaros. El Mayor, que pierde fácilmente 50 luises en una noche, no come en el círculo por economizar 2 pesetas.

— Es posible! Y por no pagar 100 luises nuestro grande artista no viene ya?

— Supónese esto con bastante apariencia de razon, pues ha desaparecido del mismo modo de varios círculos despues de haber tenido en ellos « algunas desgracias. »

— Es una vergüenza!

Pienso como usted.

EDUARDO GOURDON.

(Trad. p. J. R.)

MANUFACTURA DE TABACO.

(Continuacion y fin.)

Hemos dicho que las hojas de tabaco, rasgadas toscamente con la mano, se depositan por masas considerables en los cubos de fermentacion. Cuando ésta llega al término fijo producido por la disolucion de sal marina, es decir, al cabo de cinco ó seis meses, se deshacen estos montones de hoja y el tabaco, que debe pulverizarse como el rapé, se somete de nuevo á una fermentacion menos enérgica, puesto que es de cuarenta grados, en lugar de sesenta ú ochenta, temperatura de la primera operacion. Durante el largo período de estas fermentaciones sucesivas, es importante practicar profundas separaciones en los cubos que contienen el tabaco: estos cortes, que establecen la circulacion del aire en el centro mismo de la masa, se oponen á que la temperatura se eleve hasta la carbonizacion.

La necesidad de dejar fermentar largo tiempo

el tabaco obliga á la administracion á hacer enormes acopios. La cantidad de tabaco almacenada en la manufactura de Paris, se evalúa próximamente en lo que se consume durante tres años.

Para raspar, ó mejor dicho, para pulverizar el rapé, se emplean los molinetes. Este aparato se reduce á un cono inverso de hierro colado, guarnecido interiormente de canales oblicuas, en el cual otro cono macizo, tambien acanalado, produce un movimiento circular de vaiven. Este cono representa, en mayor escala, la nuez del clásico molinete de café. Tiene en su centro un árbol vertical, cuya estremidad tiene un manubrio y recibe su movimiento por medio de una cigüeña horizontal, de una escéntrica colocada en el eje motor. El tabaco llega á los molinillos por unas bolsas de tela que lo reciben en el piso superior. Las hojas de tabaco, en el momento de ser molidas, conservan cierta humedad: de aquí la necesidad de limpiar frecuentemente las canales que se obstruyen y pierden su accion. Esta operacion se efectúa con una barrilla de fierro de calibre proporcionado.

El polvo molido cae en un cajon de piedra en cuyo sentido longitudinal da vueltas una espiral. Esta impele continuamente el tabaco al extremo del canal, desde donde sale á un recipiente: aquí le cojen los cangilones de una cadena que le lleva á las tamizadoras.

Las tamizadoras son unas grandes cajas de madera guarnecidas de tela metálica sacudida por una rueda de estructura especial. El tejido de estas telas se obstruye con facilidad y es preciso á menudo, durante el trabajo, parar un bastidor para limpiarle con un cepillo. Cuando el tabaco es bastante fino atraviesa la tela y le recoge una bolsa colocada por debajo. El tabaco grueso todavia llega al borde de un tamiz, y cae á un canal en donde otra espiral le conduce á los molinos para que se efectúe una nueva trituracion. De los molinos vuelve á las tamizadoras. Por fin, llega el polvo á la última máquina, en donde los granos que no han estado sujetos á las operaciones sucesivas de los tamices, son aplastados por cilindros que ruedan en una superficie circular. El rapé se almacena por grandes cantidades en inmensos cofres de madera, en donde se deja secar meses enteros. Al salir de estos cofres se transporta para empaquetarle.

No hay cosa mas curiosa que el ver hacer los paquetes de tabaco. Los operarios empaquetadores han adquirido tal hábito en este trabajo, repetido millares de veces al dia, que le efectúan maquinalmente, repitiendo cada vez los mismos movimientos, las mismas posturas, y tardan en ello la décima parte del tiempo que uno emplea en contarlo. Hay colocados varios grupos de empaquetadores en una sala amueblada con mesas y cajas llenas de tabaco. Cada grupo se compone de uno que mide, cuatro que hacen los paquetes y dos que los encolan. El medidor pesa la cantidad que debe contener el paquete: da abasto á los cuatro empaquetadores, es decir, que pesa cuatro en el tiempo que cada uno hace su paquete. El empaquetador tiene en la mano un embudo con piton cuadrado que se adapta al paquete preparado ya: vierte en él el tabaco, le impele por medio de un cubo de madera de igual calibre: retira el embudo, cierra el paquete y le coloca delante del encolador que le sella y pone la banda impresa. Cada encolador sirve á dos empaquetadores. Las bandas son cortadas por una máquina que funciona con gran velocidad y abastece abundantemente al consumo de todos los grupos empleados en los paquetes.

TABACO PARA MASCAR.

No somos amigos del cigarro, ni del rapé, no conocemos los goces de que, por lo visto, disfru-

tan los que aspiran el aroma ácre de una pipa mas ó menos ennegrecida, ó de un cigarro mas ó menos marcado con manchas amarillas: no nos figuramos cuales sean las dulces sensaciones que procura á los órganos del olfato un polvillo aspirado con frecuencia; pero lo que mas que todo nos es imposible adivinar, es el placer de mascar tabaco. Fuerza es que el tabaco triturado entre los dientes tenga un gusto bien exquisito para legitimar la pasion de un número considerable de hombres y de marinos principalmente. Hemos visto, á bordo de los barcos, esos buenos marinos llenos de tristeza por no tener entre los dientes su dulce favorito, mientras que otros mas ricos, ó mas previsores, sacaban cantoneándose de sus bolsillos el cordon precioso y cortaban con deleite la racion apetecida. Verdad es sin embargo que la costumbre de mascar tabaco preserva de ciertas enfermedades. Admitamos, pues, que bajo este solo punto de vista, es tal vez útil el hábito de mascar; y entremos en el taller de la fabricacion de la cuerda y del rollo.

Téjese el tabaco de mascar en cuerdas mas ó menos gruesas, de que despues se forman ovillos, llamados en francés *róles*. Estos se tejen por un solo operario que da vueltas con una mano á la rueda de torsion, mientras que con la otra presenta el tabaco. La máquina consiste en una mesa larga, sobre la cual un obrero estiende y arrolla las hojas de tabaco. La cuerda, á medida que se forma, se arrolla sobre un cilindro sostenido por sus ejes en un bastidor que tambien gira en sentido inverso y produce la torsion. Un niño da vueltas al manubrio que lanza al vuelo y que en intervalos dados coje otra vez y con mucha maña para lanzarle de nuevo.

Los ovilleros dividen en seguida la cuerda en pequeñas porciones de un peso igual. Estos *róles* se colocan, para reducirlos á su menor volumen y purgarlos de toda humedad, entre los platillos de una prensa hidráulica que ejerce una alta presion.

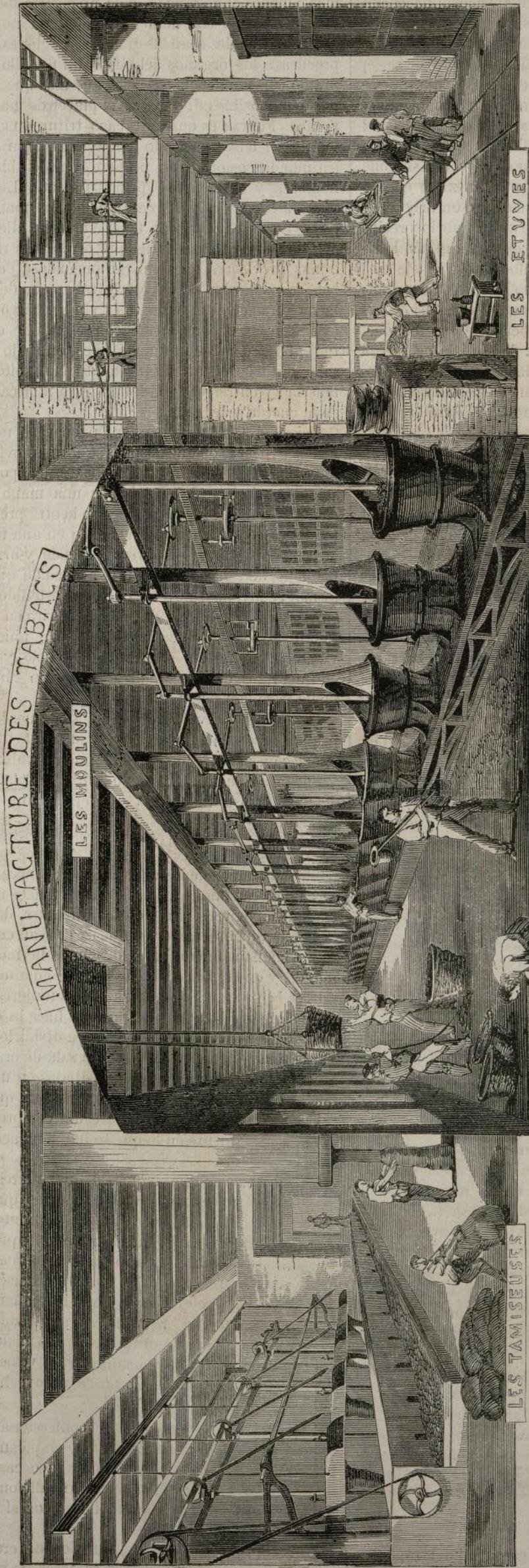
CIGARROS.

La elaboracion de los cigarros no pertenece á la seccion de máquinas. A su fabricacion debe aplicarse solamente el título de manufactura de tabacos. Centenares de jornaleras se ocupan en arrollar las hojas menudas en otra mas hermosa y mayor, y en confeccionar, á destajo, cuantos cigarros la permite su destreza. Estas mujeres están pagadas á la tarea. Despues se hace la eleccion de los cigarros fabricados para dividirlos en varias categorías: se llevan á la sala de oreo, y en fin se encierran en cajas depositadas en un almacén con la designacion de la fecha en que se fabricaron. Todos los cigarros estan comprendidos indistintamente en lo que se llama tabacos de lujo.

Existe en Paris una industria que interesaria estudiar en un cuadro menos reducido que el nuestro, la de los *apañadores de puntas*. Contando con la prodigalidad del fumador de tono que arroja su puro á medio fumar, ó con la repugnancia del inexperto, estos raqueros con ojo avizor cojen al vuelo el cigarro que se arroja, ó le apañan en los rincones, aunque la punta esté pisoteada por los transeuntes. Estas puntas, cortadas menudamente, se convierten en picadillo, y tal vez en cigarrillos, de cuyo comercio no se aprovecha la administracion.

Tambien son mujeres las que confeccionan los cigarrillos. Para esta fabricacion se emplean sólo los desechos de mala calidad y el tabaco casi reducido á polvo, lo que hace que los aficionados prefieran, como los españoles, hacer por sí mismos los cigarrillos.

La manufactura del tabaco emplea un crecido número de brazos. Poderosos motores de vapor

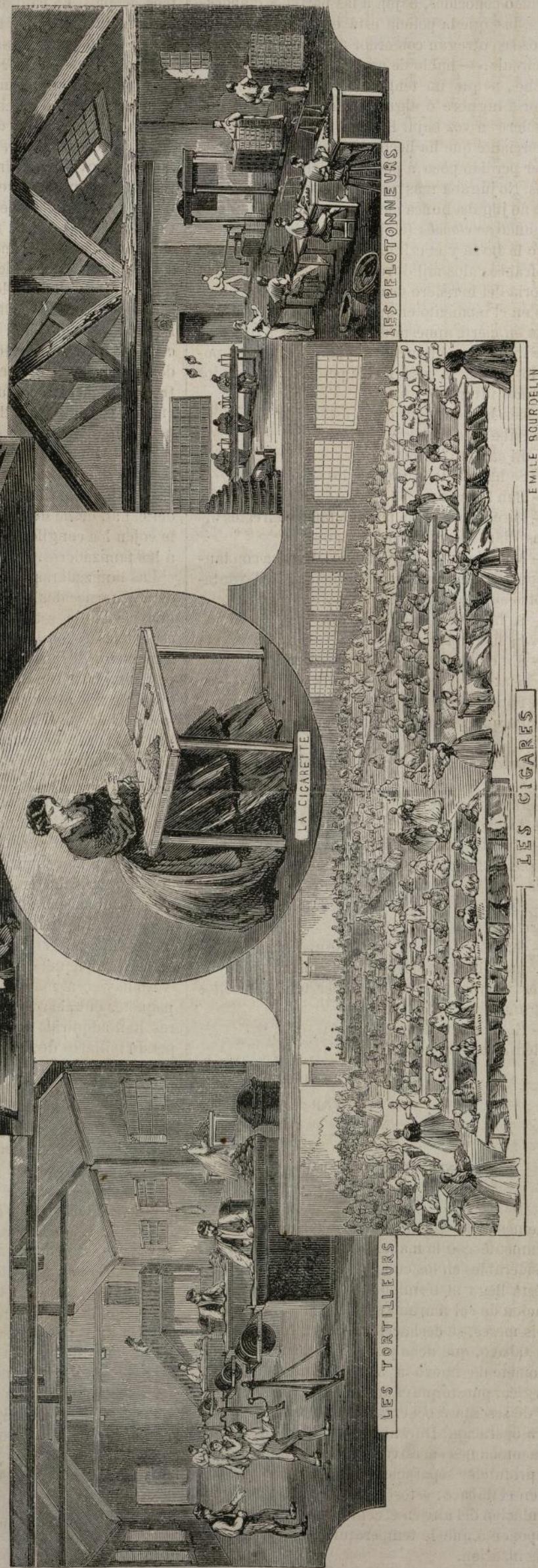


MANUFACTURE DES TABACS

LES MOULINS

LES ETUVES

LES TAMISEUSES



LA CIGARETTE

LES PELOTONNEURS

LES TORTILLEURS

LES CIGARES

EMILE BOURDELIN

distribuyen vida y calor en todas las partes del establecimiento. El tabaco se espande para el comercio interviniendo la administracion y adjudicándose á precios fijos. A la manufactura está anejo el establecimiento de venta. Los precios de los tabacos fabricados y entregados al consumo se fijan por decretos y segun tarifa.

A pesar de la fuerte oposicion que se le ha hecho, el tabaco tiene sus defensores y amigos poderosos. Hoy, varios gobiernos recojen anualmente como impuestos sumas considerables, por el derecho esclusivo que se reservan de fabricarle. El gobierno francés es en este punto el mas favorecido. La Administracion no perdona medio de perfeccionar su manufactura, y sin vacilar puede citarse como modelo de manipulacion industrial la manufactura de tabaco de Paris.

EMILE BOURDELIN.

(Trad. A. L. de B.)

EL ERROR.

Cuadro de M. Ch. Voillemot.

Mesavos vuestros hermosos cabellos rubios, lindo compañero; comprendo vuestro embeleso! Qué desquido acabais de cometer! El perfume de las rosas ha turbado tanto vuestro cerebro, oscurecido á tal grado vuestros ojos, que habeis podido caer en tal error? Recibid todos mis sentimientos de pésame! Felizmente vuestra torpeza ha sido mayor de lo que pensais! y creo que vuestra saeta no ha dado en donde queriais. Será vuestra víctima ese joven é inocente miz, y tal será vuestra escusa!

M. Charles Voillemot, que ha dibujado para nosotros el boceto de este hermoso cuadro, es el pin-

tor de las flores, del cambiante raso y de los niños de megillas de rosa, alegres y vivos.

Para pintar estas cosas, es preciso un sentimiento delicado, gran tesoro de colorido, naturalidad y verdad en las actitudes; ahora bien, tales son las calidades que distinguen al gracioso artista que el público conocedor ha denominado ya el Pintor rubio.

LÉO DE BERNARD.
(J. R.)

PEKIN Y LOS CHINOS.

Damos á continuacion el extracto de algunas cartas inéditas de un discipulo de la mision rusa en Pekin, que contienen acerca de la capital del Celeste Imperio curiosos é interesantes detalles de costumbres y la relacion de una excursion en el Pei-Ho, hasta su desembocadura en el mar.

El alumno misinero se explica en estos términos:

— Si quereis, dije á mi letrado, nos dirigiremos por tierra á la gran ciudad de Tsang. Subiremos el Yunho hasta Lin-Thsing, en donde desemboca el gran canal imperial, que tengo los mayores deseos de ver.

Al oír esta proposicion, poco faltó para que Ning-Fan se desmayara.

— Cómo, imprudente, quereis hacer una excursion tan lejana? Pero si nos descubren, seré ahorcado.

— Me hallo tambien disfrazado, que no

corremos ningun riesgo. Por otra parte, no se ejerce ninguna policia, en China, sobre los rios y los riachuelos. Qué tenemos que temer? No sois mandarín?

— Pues que os empeñais, me respondió aceptando la oferta de cien barritas de plata, del valor de cien rublos, que estimularon a vides su y su celo, voy á ocuparme de una carreta, de un carro, ú de un palanquin.



Un error del Amor, cuadro de M. Voillemot, copiado por é mismo.

— Poco importa el vehículo.

Y al día siguiente de nuestra llegada á Seè-Koo, primer pueblo en la entrada del Pei-Ho, Ning-Fan había alquilado dos caballos y un hombre para la primera parte del viaje, y nos encaminábamos al través de las salinas hácia Tsang. Al poco tiempo entrámos en los campos de tabaco y de maíz, y, mas lejos, en los países bajos y pantanosos, inmensos arrozales cultivados con mucho esmero. Ning Fan me explicaba, con notable sagacidad, el porqué de todas las cosas. Los Chinos son los mas hábiles agricultores del mundo, y yo admiraba su espíritu de observación.

— Desde cuando se usa el tabaco en China? pregunté á mi letrado.

— Confucio fumaba, me respondió.

La respuesta no tenía réplica. Los Chinos conocían el placer de fumar mucho antes que los pueblos de la América.

La vegetación, bajo aquella latitud, es casi idéntica á la de Europa. Las márgenes de los ríos se hallan cubiertas de sauces, álamos, fresnos, almendros, manzanos y ciruelos, sobre los cuales trepan las vides.

Pregunté á mi compañero porqué no se hacia vino.

— Antes de pensar en beber, es preciso pensar en comer. Dios ha prodigado la bebida del hombre por do quier. El espacio reservado al cultivo del arroz, de los cereales y de los granos destinados á alimentar á los pueblos, basta apenas. Qué sería de nosotros si se autorizara el cultivo de la viña. Si se añadiera el vino al opio y al *smtchou*, la mitad de la China estaría ébria todo el año, mientras que la otra mitad perecería de hambre.

En su calidad de mandarin, Ning-Fan tenía derecho al parasol tradicional. Y, en China, el parasol es una insignia sagrada de la omnipotencia, inclinándose todos ante él respetuosamente. Los últimos rayos del sol poniente iban á desaparecer en el horizonte, en medio de las nubes rojas y desgarradas como llamas de fuego, cuando llegámos á las puertas de una aldea en la cual debíamos pasar la noche. Apenas habíamos entrado en la posada, cuando oí resonar el gong con violencia, y al populacho que corría, vociferaba y se atropellaba. En un momento quedó tan desierta la calle como si la peste hubiera estallado en ella.

— Qué tienen esas jentes, para huir de ese modo; se las creería perseguidas por el cólera?

— Ya volverán. Es una boda que pasa. Teneis curiosidad de verla?

— Sin duda.

Al adelantarnos en la calle, dos palanquines, de brillantes colores de púrpura y rosa, desembocaban de una callejuela vecina, seguidos de un cortejo numeroso de parientes y amigos, cada uno de los cuales llevaba alguna cosa en los hombros, en los brazos ó en la mano, un objeto mobiliario cualquiera: poltronas, vasos, utensilios de cocina y de menaje. Además, cada cual ostentaba en el extremo de un bambú una linterna de papel, de asta ó de vejiga, de formas estrañas.

— Sigamos á esta muchedumbre, me dijo Ning-Fan. Vamos á cenar bien, y, gracias á mi parasol, y á nuestras gorras, serémos los primeros en la mesa.

Ning-Fan era amigo de un buen plato. Gloton y avaro, no dejaba perder la ocasión de comer bien á costa de otro.

Nos pusimos pues á seguir el cortejo. La muchedumbre nos hizo lugar. Viendo un parasol de mandarin, apresuróse la familia á convidarnos, ellos, infinitamente pequeños, á asistir á la comida dada en honor de la introducción de los dioses domésticos en la morada de los esposos.

— Ah! qué decis á eso? Es que por ventura en

vuestro país el parasol y la gorra os procurarían semejante fortuna?

— Confieso, repliqué, que tal gorra y tal parasol, en ocasión semejante, podrían procurarnos una espulsion inmediata: se nos tomaría por locos de atar.

— Cómo! luego allá no se tiene ningun respeto á los letrados?

— En Europa mueren los letrados en el hospicio ó en la cárcel.

— Luego vivís en el estado salvaje, pues que no teneis niuguna consideración á la autoridad de las letras?

— Entendámonos, mi querido Ning-Fan; entre nosotros la autoridad no tiene necesidad de ser letrada; al contrario, sucede con frecuencia que no lo es. Diré mas: creo que cuanto mas letrado es un hombre, tanta menor probabilidad tiene de aspirar á la consideración de sus semejantes.

— Ofuscáis mi inteligencia. Pero, para administrar la justicia, es necesario conocer por lo menos las leyes?

— Es cierto que hay escuelas en donde no se enseña mas que eso, pero en las cuales los que las frecuentan no aprenden de ordinario sino paradojas.

— Qué llamais paradoja?

— Es un modo de discurrir que os demuestra que es blanco lo que es negro.

— No os comprendo ya. Lo que llamais la ley, fija por lo menos el número de azotes que se han de distribuir segun la naturaleza y la gravedad de los delitos?

— Entre nosotros, querido letrado, no se sirven del palo sino para los perros! A esta respuesta, que trastornaba toda su sindéresis, Ning-Fan se hizo dar una taza de té por un mercader que pasaba. — Esperimentaba la necesidad de imprimir otro giro á sus ideas, prontas á abandonar su seso.

Muy luego llegó el cortejo frente á una casa de bella apariencia, rodeada, como siempre, de la pared de respeto, de una altura capaz de desafiar á un saltimbanquis en zancos. Entró en el primer patio, en donde fueron depositados los muebles y los utensilios. Los dos palanquines se habían detenido delante de la entrada principal: un jóven descendió del primero, una jóven cubierta con un velo del segundo; eran los desposados. Las colgaduras de seda de los mas ricos colores que ocultaban la entrada de la habitación fueron corridas á derecha é izquierda de la puerta, y dejaron ver en medio de la pieza unas veinte mesas pequeñas de rica laca, suntuosamente cubiertas de manjares, á las cuales fueron invitados á sentarse los asistentes. Los jóvenes desposados se sentaron solos á la mesa en una pieza inmediata. Bebióse vino caliente; comióse arroz, pato, dispuesto de mil modos diferentes, albondiguillas de manteca, etc., etc. Se emborracharon, ahullaron, fumaron opio, y, dos horas despues, todo el mundo se hallaba hecho una cuba. Unos hablaban y gesticulaban; otros tenían la borrachera sensible y lloraban; en una palabra, se presentaba á mi vista una orgía china de lo mas burlesco. Ning-Fan se deshacia en llanto. Tenía el cerebro turbado; llamábame hijo, y me decia al oído que quería derrocar al emperador del Celeste Imperio!

IRÉNÉE VERET.

(J. R.)

NÓTAS DE UN VIAJERO.

I

Los ferro-carriles.

Escepto en algunos Estados del Sur, tales como la Florida, la Luisiana, Tejas, y en los de los con-

finos del Oeste, en donde hay todavía caminos primitivos y diligencias mas primitivas aún, apenas se viaja hoy de otro modo que en ferro-carril en los Estados Unidos. Por lo demás, sin este medio de transporte, sería imposible para un extranjero visitar en poco tiempo, siquiera una pequeña parte de aquel vasto país. Así es que hace treinta años, se empleaba mas de quince días para ir de New-York al Niagara, mientras que hoy puede uno ir en menos de veinticuatro horas, y aun tocando á varias ciudades, cuyos nombres clásicos y modernos (Troya, Utica, Roma, Siracusa, Lyon, Ginebra, Palmira, Varsovia y Batavia) podrían dar materia á investigaciones muy curiosas.

Las vías férreas, actualmente en actividad en los Estados Unidos, presentan un desarrollo total de 30,000 kilómetros próximamente, inmensa arteria que habria exigido, en Europa, el empleo de una masa enorme de capitales. No es lo mismo en América, en donde la abundancia de las materias primeras, de la madera sobre todo, el ínfimo precio del terreno, lo poco accidentado del suelo, finalmente la circunstancia de que la organización y la explotación de los caminos de hierro se efectúan allí por empresas particulares, sin mezcla ni censura del gobierno, han podido disminuir los gastos de un modo considerable. Allí, por otra parte, se aspira en toda cosa á la economía, pues de este modo solamente pueden las compañías, á pesar de la concurrencia que se hacen entre sí, servir á sus accionistas dividendos de 10 á 15 por 100. Y aplicase este sistema, no solamente á los detalles de lujo y de *comfort*, lo que tendria poca importancia, sino aun, lo que es mucho mas grave, á los detalles referentes á la seguridad de los convoyes y por consiguiente de los viajeros. Así y en primer lugar, los embarcaderos se hallan por todas partes muy mal cuidados, y con frecuencia, hasta en las ciudades, desprovistos de salas de descanso; se ve aun algunas veces en ciertas estaciones detenerse los convoyes en medio del campo, y sin ningun edificio á la vista. Despues, y siempre á consecuencia del principio de economía, la mayor parte de los caminos, sin esceptuar los mas frecuentados, tienen una sola vía, y los rieles mismos son muchas veces de madera, cubiertos simplemente con hierro, y además tan mal nivelados, que nuestros ingenieros titubearían en arriesgar sobre ellos un convoy. Camineros! ni por pienso, ni siquiera cercados, ni barreras de ninguna especie; solamente se encuentra en donde un camino ordinario atraviesa una línea, un cartelón con estas palabras trazadas en grandes caracteres: *Look out for the cars* (Ciudadano con el convoy), precaución que puede tener su utilidad en pleno día y para las jentes que saben leer, pero perfectamente nula sin duda para los caballos y los ganados que se aventuran constantemente en la vía y causan accidentes continuos.

Si se añaden á estas probabilidades de desgracia las que provienen del número generalmente insuficiente de empleados, poco disciplinados y mal retribuidos, y de esa osadía que depende del carácter nacional, resulta de todo esto que antes de tomar asiento en un ferro-carril americano, es indispensable hacer su testamento y arreglar sus negocios. Entre los ejemplos palpables de esta incuria, se puede citar el siguiente: En 1855, habíase establecido un puente de madera, en un ferro carril del Oeste, y al través de no sé qué torrente, el cual era como de costumbre muy poco sólido; en esta circunstancia, en vez de tomar las precauciones usadas en semejante caso, juzgóse á propósito, y á título de ensayo, el organizar una especie de tren de recreo, para el cual fueron convidadas diversas notabilidades, en tanto que, en la orilla opuesta, se hallaba preparado un espléndido almuerzo. Pues bien! qué sucedió? En el momento en que el convoy se hallaba en la mitad del puente, éste se

desplomaba, y el tren todo entero era precipitado en el río. Es fácil imaginar las tristes consecuencias de semejante caída.

El principio de *cada uno para sí* domina por todas partes en América, pero conviene sobre todo en ferro-carril hallarse, como se dice por aquellos países, *perfectamente despierto*. Así que, sucede muchas veces que al llegar un convoy á alguna parte, solamente cierto número de los coches que se hallan á la cabeza, continúan en la dirección primitiva, mientras que los otros, desganchados de repente, se quedan en la estación, de tal modo que un viajero adormecido ú distraído corre el riesgo de quedarse atrás, sucediendo lo mismo cuando se cambia de wagones, de lo que nadie tiene cuidado de preveniros. El vituperio no debe recaer sin embargo sino en las administraciones y en sus empleados, pues si alguna vez se pide un informe á cualquier individuo *no oficial*, se obtiene siempre una respuesta breve, pero clara y satisfactoria. En general, el reproche de aspereza que se dirige ordinariamente á los Americanos carece casi siempre de fundamento, y cuando el extranjero cree haber tenido que quejarse de ellos, depende las mas veces de su ignorancia en la lengua, ó bien de que, voluntariamente ó no, se ha hallado en contradicción con ciertas opiniones dominantes. El Americano es positivo, pero naturalmente bondadoso y servicial. En aquel país no existen, en realidad, proletarios, cada cual se cree *gentleman*, y se conduce como tal. Debe decirse que, constantemente penetrado del sentimiento de su propia dignidad, sabe respetarla en los demás. Es este un testimonio que me complazco en dar de paso á un pueblo que amo, y que creo imperfectamente apreciado hasta ahora.

Los wagones ó *cars* de los ferro-carriles de América se hallan organizados de un modo diferente de los de nuestros países. En primer lugar, no hay mas que coches de una sola clase, pues así lo quiere la igualdad democrática. Consisten aquellos en largos ómnibus de ocho ruedas, con una portezuela en cada estremidad, y, haciéndolas frente, varios bancos con respaldo bajo, colocados unos detrás de otros como las sillas de nuestros teatros. Estos bancos, cada uno de los cuales se compone de cuatro asientos distintos, se doblan á voluntad y de manera que puedan volverse en sentido directamente inverso. El peligro inherente á esta disposición consiste en que, si fuera uno derribado por un choque repentino impreso al tren, se correría el riesgo de romperse el cráneo con el banco que caería sobre la cabeza. En medio, entre estos bancos, existe un paso que permite transitar durante la marcha del convoy, é ir de un *car* á otro, aunque en rigor se opone á ello el reglamento. Algunas veces, hay en un extremo un gabinete reservado al uso de las señoras; además, durante el invierno, caliéntase el coche con una estufa de hierro, y en el verano se halla provisto de un gran vaso *ómnibus* lleno de hielo. Este sistema de coches presenta ventajas mezcladas de inconvenientes. Por una parte, no se halla uno en ellos, como sucede en Europa, estrictamente encarcelado durante largas horas, y el gran número de ventanas permite ver mejor el país; pero por otra parte también, los asientos son poco confortables, lo que hace muy penosos los viajes de alguna duración, sobre todo cuando se pasa la noche en ellos. Luego, hallándose abiertos estos coches á todo sér viviente, son por lo mismo muy ruidosos, poco limpios, y se encuentra en ellos muchas veces mala compañía. Los conductores se hallan investidos de una autoridad demasiado arbitraria, y con frecuencia en detrimento de los viajeros. Como se les releva ordinariamente despues de dos ó tres estaciones, cada nuevo conductor viene á

reclamar de los viajeros que enseñen sus billetes, y si alguno de ellos se halla dormido, sacúdele algunas veces rudamente para despertarle. Así que, los Americanos tienen la costumbre de fijar en sus sombreros de un modo ostensible esos billetes, sustraídos á veces por algun petardista durante su sueño. Véese un rasgo particular del carácter americano en cierta disposición que, á pesar de su espíritu habitual de independencia, les hace sufrir sin murmurar toda especie de vejaciones por parte de las autoridades que ellos han aceptado una vez, sobre todo de las autoridades de baja ralea. Hé aquí sobre este particular un hecho bastante curioso, y del cual he sido testigo yo mismo. Un día que á la salida de no sé qué ciudad del Oeste, se hallaban llenos todos los coches y todos los asientos ocupados, llegó un viajero rezagado, el cual se apresuró á subir en el momento en que el tren se ponía en marcha. No obstante, el primer coche de la cabeza se hallaba enteramente libre, pero el conductor, sea por capricho, ó bien por ejercer acto de autoridad, le tenía rigurosamente cerrado, rehusando con obstinación abrirle al infortunado viajero. Otro habria prorrumpido en quejas, en recriminaciones... Pero nuestro hombre, tan paciente como Job, fué á instalarse con mucha naturalidad en la plata-forma frente á la cerrada portezuela, y, sacando un diario de su bolsillo, púsose á leerle tranquilamente en una postura en verdad nada cómoda. Ignoro de qué modo terminó este incidente, y si el conductor se habia dejado ó no vencer.

II

Las posadas.

La organización de las posadas y la vida que en ellas se lleva ofrecen un carácter especial y bastante curioso de las costumbres americanas.

En aquel país las posadas son unos establecimientos dispuestos, no como en Europa, para la comodidad y el bienestar de los particulares, sino solamente con la mira y en el interés del público en masa. En realidad, representan gigantescas pensiones, en las cuales se halla fijado de una vez el gasto de los viajeros, y es ordinariamente de 3 á 3 dollars y medio por día. Mediante este precio, hállase uno hospedado, y puede hacer, á las horas fijas y en el comedor general, las cuatro comidas anunciadas invariablemente por el son del *gong* ó *tam-tam*. Por lo demás, aprovéchese ó no, el gasto es el mismo. En cuanto á comer uno en su cuarto, es este un caso excepcional y siempre muy caro. Si no se quiere ayunar en la mesa redonda, es muy prudente asegurarse, mediante una propina, el favor del criado (*waiter*) colocado detrás de uno. Es un espectáculo muy singular á primera vista el ver entrar marcando el paso á los numerosos criados (ordinariamente hombres de color); despues, todos á la vez, y á una señal dada, colocar y quitar los platos, cambiar los cubiertos, etc., como soldados que hacen el ejercicio por peloton. Acostúmbraseles por otra parte á esto, y tienen la obligación de ejercitarse todas las mañanas, bajo el mando del administrador. En cuanto á la manera de instalarse en una posada americana, es tan sencilla como espedita. A su llegada, cada extranjero se halla obligado á presentarse en el *office* (despacho), á inscribir su nombre en un registro, despues de lo cual se le entrega la llave de su aposento y no se ocupan ya de él; pues, sea bueno ú malo, es preciso conformarse con aquel. Es de uso permanecer bastante tiempo en los salones públicos, siendo allí donde se reciben y donde se pagan las visitas, y donde las señoras ostentan sus bellos trajes, que ellas cambian dos ó tres veces por día. Los mas maltratados son sin disputa los célibes, ó los que

no llevan en su compañía alguna señora, á cualquier título que sea (*á lady in charge*).

Estos, sin escepcion de edad ni de rango, son relegados junto al tejado, en los aposentos casi sin muebles y muchas veces sin lumbré, viéndose obligados por tanto, en invierno, á bajar para calentarse en el *salon* comun. En lo concerniente al arreglo interior de las posadas, sucede siempre é invariablemente lo mismo en todas las ciudades, en el Norte como en el Sur. En primer lugar, encuéntrase un gran vestíbulo de columnas, lleno de maletas, de cajas, de cargadores y de fumadores ociosos de toda especie. En dicho vestíbulo se halla el despacho en el cual tienen que inscribirse los viajeros á su llegada, y pagar su cuenta al marcharse, cuenta calculada, como hemos dicho, á tanto por día. En seguida, hay uno ú varios salones elegantemente amueblados, al uso de las damas y de los caballeros que las acompañan, un inmenso comedor, y, en los Estados en los cuales no existe la ley restrictiva llamada de *templanza*, lo que lleva el nombre de *barroom*, vasto local en el cual se venden licores espirituosos, *sherry-coblers*, *mint-juleps* y otras bebidas conocidas solamente en América. Cada cual es dueño de entrar en esta sala, conversar, fumar y leer en ella los periódicos, todo libremente y sin retribucion. Además, como se insertan cada mañana en los periódicos las listas de los que llegan y parten de las diversas posadas, cada uno puede informarse acerca del itinerario de sus amigos y conocidos. Debe decirse que el viajero encuentra fácilmente, en estos establecimientos, todo lo que puede desear, como baños, salones de peluquería, cajas de estafeta, despachos del telégrafo eléctrico, etc., etc.

Lávase en las mismas posadas la ropa blanca de los viajeros, operacion que se ejecuta al vapor y con tanta prontitud, que por numerosos que sean los artículos, basta menos de una hora para devolverlo todo en el estado mas satisfactorio. Así que, viajan los Americanos casi sin bagajes, y provistos á lo mas de un pequeño saco de noche. Hay algunas personas que, hallándose desprovistas aun de este ligero apéndice, van á tomar un baño al llegar á la posada, y no han salido todavía de él, cuando ya entran en posesion de su ropa *personal*, vuelta al estado perfecto de blancura.

Es cierto que deben comprarse todas estas ventajas al precio de una sumision entera á las reglas del establecimiento, las cuales forman una especie de código, invariablemente anunciado en carteles en todos los cuartos. Esta organización, tan diferente de lo que existe en nuestros países, agrada mucho á los Americanos, quienes gustan de la vida comun, y de todo lo que es lujo y aparato, combinado con la economía para sí mismos, resultado de un gasto que puede calcularse siempre estrictamente de antemano. Pero esa organización conviene mucho menos á los que son amigos de la independencia, de la tranquilidad, y desean encontrar, aun fuera de su hogar, algo que recuerde la vida interior. Así que, he visto á pocos Europeos que se hayan acomodado fácilmente con este género de vida, por lo menos al principio.

En las grandes ciudades de la Union, las posadas de primera clase son verdaderos palacios, cuyos adornos interiores presentan un lujo desconocido entre nosotros. Tal es la posada de San Nicolas de New-York, que puede hospedar mas de mil viajeros. En ella, no solamente los salones, sino hasta los corredores resplandecen de espejos, de dorados, y se anda en todas partes sobre alfombras del mas crecido precio. Tal es aun la posada de San Carlos, de Nueva-Orleans, bien que de una elegancia menos suntuosa. Ella constituye el edificio de mas aparato en toda la ciudad, y la *maciza columnata* que la adorna puede ser aper-

cibida desde el Mississipi. Las principales posadas de New-York y de otras ciudades importantes rinden á sus propietarios beneficios que se elevan de 50,000 á 100,000 pesos por año. Estos propietarios son personas, no solamente ricas, sino tambien influyentes y muy consideradas, lo que no obsta á que se consagren ellas mismas al cuidado de su administracion y véselas frecuentemente, con la servilleta en el brazo, dirigir ellas mismas el servicio de la gran mesa redonda.

Pero en cuanto á las posadas de segundo órden, situadas fuera del círculo de las grandes comunicaciones, no presentan *comfort* de ninguna especie. La vianda es casi siempre mala, los aposentos generalmente sucios, aposentos en los cuales se obliga á dormir á varias personas á la vez, y aun sobre el suelo, cuando faltan camas. En suma, en todo pais en que dominan las masas, las individualidades son ordinariamente sacrificadas, y para acostumbrarse á semejante sistema, es menester la fuerza de la necesidad, ó por lo menos, la del hábito.



BAJO-RELIEVE DE MAGARRA, la escultura mas antigua que se conoce, segun un moldaje de M. Lottin de Laval.

MIGUEL DE YERMOLOFF.
(J. R.)

EL BAJO RELIEVE DE MAGARRA.

Segun un moldaje de M. Lottin de Laval.

El bajo relieve cuyo grabado damos en este número, es, segun toda probabilidad, la escultura mas antigua conocida hasta hoy. Esta escultura simboliza la conquista de la península arábica. El vencedor, de raza africana, derroca á un rey de raza semítica, cuyo tipo caucásico merece ser notado. Esta curiosa muestra del primer período del arte egipcio, que reúne el movimiento á la mayor energía, remonta á la tercera dinastía faraónica. Ha sido descubierta en las rocas de Ouadi-Magarra por M. Lottin de Laval. El valle de Magarra, situado en la comarca de Mafkat, ó pais del cobre, es el punto en que existió un establecimiento egipcio en los tiempos mas remotos. De extrema importancia para el Egipto, del cual sacaba metales para la agricultura, las artes y la guerra, compréndese fácilmente el sentimiento que ha presidido á la edificacion de tantos bajos-relieves y de tantos monumentos monolitos de dimensiones gigantescas al través de un pais desierto y en parajes casi inaccesibles.

En su viaje al istmo de Suez por la grande espesura del Sinaí y en la península pétrea, M. Lot-

tin de Laval ha amoldado con prodigiosa rapidez de ochocientos á novecientos monumentos plásticos ó epigráficos. Bástanle dos ó tres pliegos de papel comun para tomar una impresion inalterable; enróllase en seguida el papel, empaquétase, y, por su poco peso, se le transporta fácilmente al través de los mas áridos desiertos.

M. Lottin de Laval acaba de publicar su *Viage en la península del Sinaí*. Es este un libro tanto mas interesante, cuanto que al tratar de las primeras edades de la historia, tiene sin embargo una actualidad muy grande, porque nos inicia en el comercio del mar Rojo en los tiempos mas remotos, y contiene además la historia del canal al través del istmo de Suez, desde el faraon Nekor hasta su enarenamiento voluntario en el kalifato árabe.

LÉO DE BERNARD.
(J. R.)

AVISO.

Se previene á los Sres. suscritores de España, por trimestres, que el primero de su suscripcion al MUNDO ILUSTRADO termina con el presente número 43, y que si no quieren experimentar retraso en la recepcion de los números subsiguientes del periódico, se servirán renovar-la sin demora.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE D. F. DE P. MELLADO,

MADRID,

DEPOSITO

PARIS,

calle de S. André des Arts, núm. 47.

UN BORDON DE CRISTAL.—Hasta hoy no se habia empleado mas que el bronce para fabricar las campanas. Es preferido este metal á causa de su sonoridad que se hace *argentina* por la liga que se opera con la plata, en mayor ó menor cantidad. Los Ingleses han cambiado este sistema, y, en vez de un metal resistente, emplean hoy, para fabricar sus campanas, la materia considerada como mas frágil, esto es, el cristal.

Una campana de cristal verde, de catorce pulgadas de alto y trece de diámetro, ha sido colocada en la cúpula de la capilla de la Granja, en Borrowdale.

La traduccion del *Mundo ilustrado* se hace bajo la dirección del conocido escritor D. J. Segundo Flórez.

CORRESPONSALES DE ULTRAMAR.

- AREQUIPA. D. Manuel G. de Castresana.
- ARICA. Sres. Calmann y Riobó.
- BOGOTÁ. D. Rafael Mogollon y Guzman.
- BUENOS-AIRES. D. Federico Real y Prado.
- CARÁCAS. Sres. Rojas, hermanos.
- CARTAGENA. D. Joaquin F. Velez.
- COBIJA. Sres. L. Durandean y Compañia.
- GUATEMALA. D. Pablo Blanco.
- GUAYAQUIL. D. Luis Abadie.
- GUAYAMA. D. Narciso Dauussá.
- HABANA. Sres. Charlain y Fernandez.
- LA PAZ. Sres. Gérard y Comp.
- LIMA. P. Bailly.
- MÉJICO. Sres. Maillefert y Comp.
- MENDOZA. D. F. Civit.
- MONTEVIDEO. D. Ventura Garaicoechea.
- PANAMÁ. D. José M. Aleman.
- PUERTO RICO. D. Ignacio Guasp.
- ROSARIO. Federico Reissig.
- SAN FRANCISCO. M. Biesta.
- STA. MARTA. D. José A. Barros y Comp.
- SANTIAGO DE CHILE. D. Pedro Yuste y Comp.
Libreria agencia del Mercurio.
D. Ramon Morel.
- SANTO DOMINGO. D. A. Bonilla.
- SAN TOMAS. D. Luis Guasp.
- TACNA. D. Clemente Bartibas.
- TAMPICO. D. A. Gutierrez y Victori.
- VALPARAISO. D. Santos Tornero y Comp.
D. Nicasio Ezquerria.
D. José Pérez Anguita.
- VERACRUZ. D. Juan Carredano.

Paris. — Imp. de la Librairie-Nouvelle, A. Bourdilliat, 15, rue Breda.